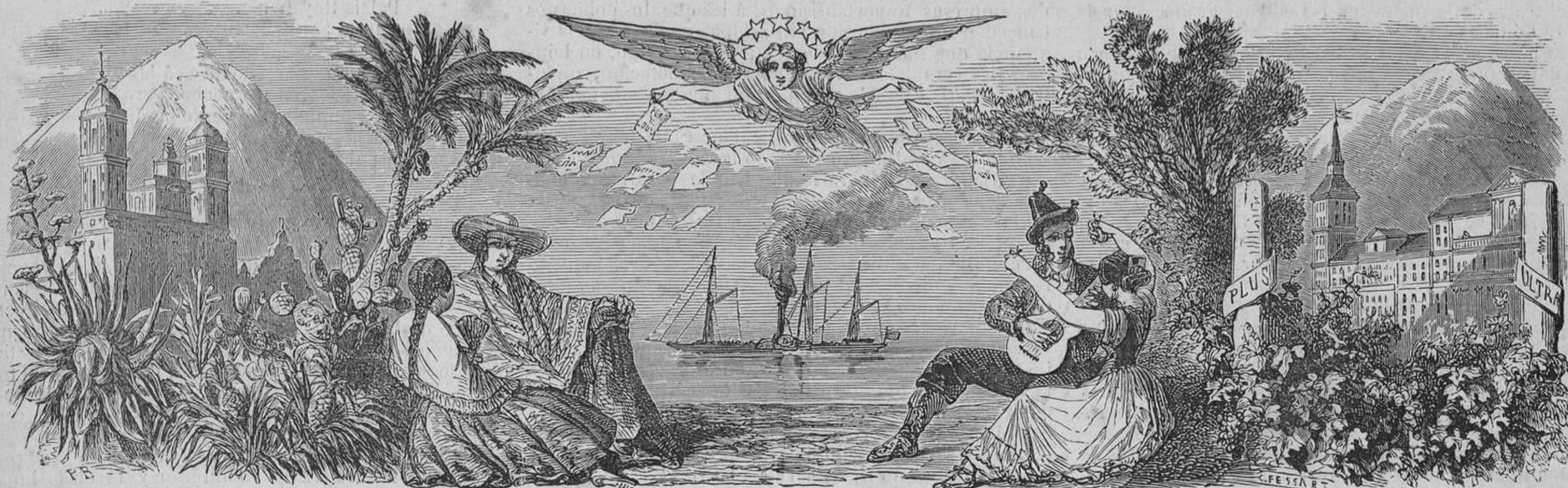


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 17 de la Moda.

1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, pasage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 28. — N° 869.

SUMARIO.

La fiesta del 15 de agosto; grabado. — Los omnibus en París y en Londres. — El monumento del mariscal Monecy; grabado. — Baile á bordo del « Magenta; » grabado. — Una excursión á Bagnères de Luchon y sus cercanías. — Revista de París. — Poesía. — El istmo de Suez; grabados. — Curiosidad literaria. — El nuevo postigo del Emperador en el Louvre; grabado. — Carreras de velociferos con obstáculos; grabado. — El del capuz colorado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las cercanías de París; grabado.

La fiesta del 15 de agosto.

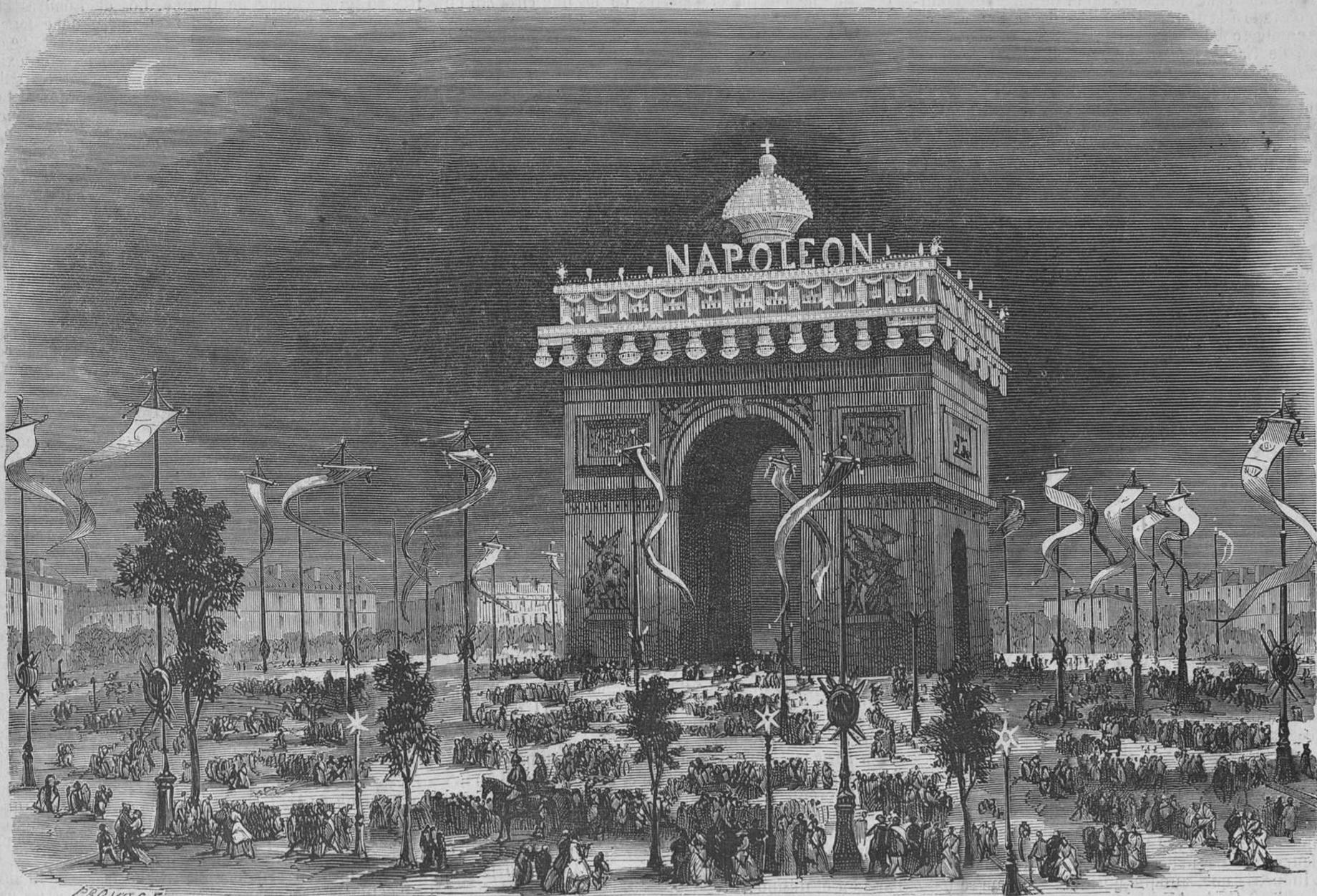
Aunque en el número anterior hemos dado á nuestros lectores algunos detalles sobre la fiesta [del 15 de agosto, creemos hoy oportuno completar aquella relación, con motivo del dibujo que publicamos en esta primera página.

Desde el amanecer del domingo notábase mucha animación entre los habitantes de París, cuyo número habían aumentado considerablemente las muchas personas

de provincias y del extranjero que afluyeron á esta ciudad.

Algo mas tarde el estampido del cañon de los Inválidos anunciaba á la ciudad el principio de la fiesta nacional del 15 de agosto. En aquel momento cubrian el cielo nubes amenazadoras que con motivo hicieron temer que la lluvia no viniera á desbaratar el programa de los regocijos públicos.

Por fortuna no fué así, y las pocas gotas de agua que hacía medio dia cayeron á intervalos, no produjeron mas efecto que disminuir algo el polvo sin servir del menor obstáculo á las fiestas preparadas.



PARIS. — Iluminacion del Arco de Triunfo de la Estrella en la fiesta del 15 de agosto.

Como siempre, se inauguraron estas con obras de caridad y con abundantes distribuciones de socorros que se hicieron por conducto de los alcaldes y de los individuos de las administraciones de beneficencia á las familias indigentes de los veinte distritos de París.

No habian dado aun las ocho cuando un gentío extraordinario se agrupaba en las inmediaciones de los teatros donde á la una debian darse funciones gratuitas. La afluencia de gente era sobre todo muy considerable en el teatro de la Opera, en la Comedia Francesa, en la Opera Cómica, etc.

Los aficionados á los espectáculos teatrales estaban allí dando muestras de una paciencia admirable sin dar indicios de cansancio ni de fastidio, si bien, fuerza es confesar, que la mayor parte de ellos traian consigo provisiones para distraerse mientras aguardaban que se abrieran los despachos de entradas.

A la una cantóse un solemne *Te-Deum* en el templo de Nuestra Señora, habiendo asistido á este acto las comisiones de los grandes cuerpos del Estado.

Entre tanto, la gente penetraba en los teatros, cuyas funciones se componian de las mejores piezas de sus repertorios, y aplaudieron con gran estrépito á los artistas que las representaban.

Al mismo tiempo grandes oleadas de gente, cada vez en aumento, invadían el camino de la barrera del Trono, el de las Tullerías, de los Campos Eliseos y del Campo de Marte, que era el punto principal de la fiesta y que se hallaba profusamente adornado con mástiles coronados de banderas, de escudos y de trofeos.

Allí alternaban sus funciones dos grandes teatros de pantomimas militares y dos teatros de acróbatas en presencia de mas de doscientos mil espectadores. Seis árboles de cucaña en que se veían los premios que debian ganarse, ofrecían poderoso incentivo á los muchos competidores que se presentaron á rivalizar en agilidad y destreza para alcanzarlos.

Mercaderes ambulantes situados, formando tres filas, en la avenida de Labourdonnaye contribuían á dar animación á la fiesta. Al otro lado del Campo de Marte, en la avenida de Suffren, se hallaban colocados un sinnúmero de teatros ambulantes. Había allí circos, saltimbanquis de toda clase y exhibición de objetos raros y curiosos.

En las inmediaciones del Campo de Marte y en todas las calles y avenidas que desembocan en él, veíanse mesas cubiertas de sólidos y de líquidos de todo género para fortalecer los estómagos vacíos. Al llegar la noche no se encontraba ni siquiera un solo pan en las panaderías de aquellos barrios.

A eso de las ocho y media apareció iluminada la ciudad como por encanto, gracias al uso que con este objeto se hizo por la generalidad del vecindario. Las luces á manera de brillantes regueros se extendían desde el palacio de las Tullerías hasta el Arco del Triunfo, siguiendo por la plaza de la Concordia que rodeaban toda entera, produciendo un efecto en extremo mágico. En el extremo aparecía cubierto todo él de luces, el monumento elevado á la gloria de los ejércitos de Francia, en cuyo remate se leía en resplandecientes caracteres el nombre de Napoleon, según aparece en nuestro grabado.

A las dos hubo en el Sena, en el trecho que media entre el fondeadero de los Inválidos y la punta del muelle de Grenoble, regatas de botes, organizadas por el *Rowing-Club*, cuyas peripecias divirtieron mucho al numeroso gentío que acudió á presenciarlas.

A las nueve en punto disparáronse fuegos artificiales en la plaza del Trono y en el Trocadero. En el Campo de Marte se dispuso una espléndida iluminación con vasos de colores y con algunas lámparas eléctricas de resplandor muy vivo. La gente que acudió allí era en número muy considerable.

Grandes aplausos y estrepitosos gritos resonaron en todas partes al dispararse los fuegos artificiales y sobre todo al aparecer el magnífico ramillete de la misma clase de fuegos que se disparó en la cuesta del Trocadero. A hora avanzada de la noche reinaba una gran animación en todo París. X.

Los omnibus en París y en Londres.

I.

Madrid es una de las pocas capitales de Europa donde no se halla establecido y generalizado el servicio de los omnibus, que tan grande lo prestan en todas partes á las clases menos acomodadas de la sociedad. Cuando se piensa que hasta en las principales ciudades de provincia de Inglaterra, Francia, Austria, Italia y Bélgica, existen tales medios de locomoción, no puede menos de causar sorpresa y maravilla que en Madrid no se haya intentado siquiera hasta ahora fundar una empresa que, bien dirigida y administrada, es capaz de producir pingües beneficios.

Si los datos que vamos á ofrecer á nuestros lectores; si el estudio del sistema que se sigue en París y Londres puede facilitar el establecimiento de semejante mejora en nuestra patria; si, en fin, logramos llamar sobre este punto la atención y el interés de los especuladores, nos felicitaremos de haber hecho un estudio detenido de una industria que, aunque enriquezca al que se dedique á ella, está destinada á hacer menos penosa la

existencia del pobre y de las personas de humilde posición.

Vergüenza es que, aunque en pequeño, se cuenten en Barcelona líneas de omnibus, y que en Madrid solo haya los viejos é incómodos vehículos que los días de toros conducen á los aficionados al circo de fuera de la puerta de Alcalá, y los pocos y no mejores de las compañías de ferro-carriles.

En Londres y París las de los omnibus constituyen dos empresas importantísimas, á las que los gobiernos conceden una protección tan asidua, como lo es la vigilancia que sobre ellas ejercen; sin embargo, en Londres hay completa libertad para la explotación, mientras en París una sola y vasta compañía disfruta del monopolio.

Cualquiera persona puede establecer en Londres un servicio de omnibus, declarando los que se propone hacer circular y el itinerario que han de seguir. Para todo esto debe pagar: 1º Un derecho anual de *licencia* de 3 libras esterlinas 3 chelines (315 reales) por cada carruaje. 2º Un derecho de tránsito, que fijado durante mucho tiempo en un *penique* (unos tres cuartos), quedó reducido desde el 2 de julio de 1866 á un *farthing* (menos de un cuarto) por milla.

La autoridad municipal solo interviene para las medidas generales de orden relativas á la circulación, y los inspectores de policía autorizan en cada distrito las estaciones de los omnibus. Los peritos certifican la solidez y la capacidad del carruaje cuando se entrega el documento en que consta abonado el derecho de licencia. Los cocheros y conductores de omnibus están sujetos á las leyes que rigen para los de su clase en los demás carruajes públicos.

Cada empresa es dueña de señalar la tarifa que juzgue conveniente, pero ha de llevarla fija en el interior y el exterior del carruaje, con objeto de que no pueda nunca engañarse al viajero.

En París, el servicio, según hemos apuntado arriba, se ejecuta por una sola compañía, llamada « general de los omnibus, » y la escritura, aneja al acta de concesión, fija los derechos que han de satisfacer á la municipalidad, el precio de cada asiento, y todos los demás detalles del servicio.

El número de omnibus que circulan en Londres puede calcularse en 1,000 próximamente: en él se comprenden carruajes que van á los pueblos comarcanos, á Richmond, por ejemplo, que dista 19 kilómetros de la Cité. En otros términos, no hay distinción, como en París, entre el servicio exclusivo del recinto de la ciudad y el de fuera de ella.

La empresa mas importante es la compañía de los omnibus de Londres, fundada en 1855, á imitación de la de París. Francesa al principio; reconstituida el 1º de enero de 1859 como sociedad inglesa con responsabilidad limitada, esta compañía explota un capital de 14.852,000 francos, divididos en 148,520 acciones de 100 francos, y pone en movimiento 600 omnibus, ó sea cerca de las dos terceras partes de los que circulan en Londres. No goza de ningun privilegio legal; y en una parte de sus líneas lucha con la competencia de otras empresas.

En 1862, año de la última Exposición universal de Inglaterra, se contaban 108 líneas de omnibus, comprendiendo los servicios de toda la comarca. Este número no ha variado sensiblemente desde entonces. La compañía de Londres explota por su parte 68 líneas.

Para comparar la circulación de los omnibus de Londres con la de los de París, es menester computar no solo los servicios explotados en virtud de la condición municipal por la compañía privilegiada, y que en 1866 componíanse en efectivo de 656 omnibus por término medio cada día, sino tambien los accesorios ó de barreras afuera, que están á cargo no solo de la misma empresa, sino de otras varias (cerca de 150 carruajes), y los que van á la estación de los ferro-carriles (unos 100), sin contar los pequeños omnibus de 6 y 8 asientos llamados de familia. Todo reunido forma un total de 906 grandes omnibus.

Siendo la población de París una tercera parte menor que la de Londres, dedúcese que París con 906 carruajes, posee un servicio de omnibus proporcionalmente mayor que el de Londres con 1,000.

Londres tiene además los vapores del Támesis y los caminos de hierro metropolitanos, cuya circulación ha adquirido ya suma importancia. En París los vapores del Sena se hallan aun en su infancia; aunque los ferro-carriles de Auteuil y de Vincennes, el de circunvalación y las líneas inmediatas trasportan un número considerable de viajeros.

La compañía de los omnibus de Londres explota, cual hemos dicho arriba, 68 líneas: 21 de ellas recorren menos de 7 kilómetros; 36 de 7 á 12, y 11 mas de 12.

Tenemos á la vista una estadística de los omnibus que pasaron el puente de Londres el 23 de mayo de 1865, y fueron 3,900 desde las nueve de la mañana á las once de la noche; lo que hace 278 por hora y mas de 4 por minuto. Por el puente de Westminster, el 11 de junio de 1865 transitaron en igual período de tiempo 540 omnibus, ó sea 38 por hora.

En París la compañía general de los omnibus explota 31 líneas en el interior, y 18 en el exterior: total 49 líneas diferentes. Las líneas están distribuidas de tal suerte entre los distintos barrios, que ninguna parte de la ciudad carece de ellas. Calculada por kilómetros, la extensión de terreno recorrida por la compañía de Londres fué en 1866 de 20.074,000; y de 24.077,000 la de París en el mismo año.

La línea de omnibus mas larga es la del Louvre á

Courbevoie, que mide 7,850 metros; la mas corta la de la plaza de las Victorias á Belleville, que solo llega á 3,300. La longitud media de las 31 líneas del interior, es 6 1/2 kilómetros.

Los sitios por donde pasan mayor número de omnibus son los siguientes:

Chatelet.	2,872 cada día.
Bastilla.	2,662
Palais-Royal.	2,554
Puerta Saint-Martin.	1,692

El servicio comienza en Londres á las 7 1/4 de la mañana y acaba á las 12 de la noche. Pero la actividad del servicio no es completa sino desde las diez de la mañana á las 9 1/2 de la noche. Despues de esta hora, los omnibus no trasitaban sino en intervalos lejanos.

Los domingos la circulación disminuye en cerca de una cuarta parte, y algunos carruajes que durante la semana no hacen servicio en el interior, lo desempeñan aquel día en las afueras.

En París el servicio principia á las 6 3/4 en verano, y concluye despues de media noche en la mayor parte de las líneas. Por mañana y tarde, es mucho mas activo que en Londres. Los domingos y fiestas se aumenta en muchas líneas el número de carruajes. El efectivo de estos para cada una de aquellas, la duración del trayecto, los intervalos entre las salidas, etc., se fijan por la autoridad municipal, y la compañía tiene que conformarse con sus decisiones.

La casi totalidad de los omnibus de Londres, que contienen 26 viajeros (12 en lo interior y 14 en la imperial), lleva solo dos caballos. La compañía hace circular además algunos de 46 asientos con tres caballerías: se establecieron durante la Exposición universal de 1862, cuando se tenia casi la seguridad de lleno á la ida y á la vuelta; pero los que se inutilizan no se reponen.

En París los omnibus son de igual capacidad, 14 asientos en el interior y 12 en la imperial. Se han hecho ensayos para aumentar estos hasta 14, y se ha obtenido así cabida para 28 individuos en ciertas líneas donde es posible conservar semejante aumento de carga sin hacer la tracción mas difícil.

Los omnibus ingleses del nuevo modelo pesan, vacíos, 1,250 kilogramos; los franceses, de nuevo modelo asimismo, pesan 1,620; los del antiguo sistema pesaban 1,630 kilogramos. El omnibus inglés es pues mucho mas ligero que el francés, y la diferencia consiste en que este contiene 14 viajeros dentro y aquel solo 12, haciéndose indispensable mayor extensión en la caja; por otra parte, la anchura de cada asiento en Francia es de 46 1/2 centímetros, y en Inglaterra de 42 1/2. En una palabra, los omnibus de París están mas perfeccionados y son mas cómodos que los de Londres, y eso explica la gran diferencia de peso.

La velocidad media en Londres es de 5 á 6 millas por hora (8 á 9 1/2 kilómetros); en París de 7 1/2 kilómetros en igual espacio de tiempo. Los de Londres ofrecen pues una ventaja considerable; pero debe tenerse en cuenta: 1º que los carruajes son mas ligeros; 2º que el terreno en Londres es sumamente llano y no exige, como en París, un caballo de refresco en ciertos sitios, ni la subida de las cuestas al paso; 3º las calles de Londres son mas anchas que en París, y en consecuencia, la circulación es menos difícil á ciertas horas y permite un paso muy rápido.

Las tarifas en Londres varían según las distancias: el *minimum* es 2 *peniques*, ó 20 céntimos de franco, por una carrera muy corta; 3 *peniques*, ó 30 céntimos, para las carreras ordinarias; se eleva á 4, 5 ó 6 *peniques*, y aun mas en los trayectos que exceden 7 á 8 kilómetros; y llega á un chelín (5 reales) en los omnibus de las afueras, por ejemplo, para ir á Richmond.

El coste de los asientos es idéntico en el interior que en la imperial.

El precio medio cobrado á cada viajero por la compañía de los omnibus de Londres ha sido, en 1866, 35 céntimos de franco (unos 11 cuartos de nuestra moneda). En 1862 fué de 40 cént., habiéndose aumentado y aun doblado las tarifas en las líneas que conducían al palacio de la Exposición universal.

En París la proporción era de 18 1/2 cént. solamente en 1866. Este cálculo se funda: 1º en la tarifa de 30 cént. (6 *sous*) cada asiento en el interior; 2º en la de 15 cént. en la imperial; 3º en la *correspondencia*, que permite hacer dos trayectos por 30 cént., y reduce así á 15 el precio de cada uno; 4º en la tarifa reducida para los soldados.

No existe en Londres *correspondencia* entre las líneas; y en París, por el contrario, todos la tienen con las que encuentran á su paso. De modo que hay algunas que corresponden con otras 20 y aun 25.

Los carruajes de la compañía de Londres, en número de 602 en 1866, trasportaron 44.350,000 viajeros: es mucho menos de la mitad de los que ha trasportado el propio año, con un efectivo de 656 carruajes, la compañía de París: 107.212,000 individuos.

La clientela en Londres no comprende ni á las personas ricas ó acomodadas que prefieren á tomar los *cabs*, coches muy cómodos y muy ligeros que abundan allí; ni á los obreros y habitantes pobres, á quienes asusta la elevación de las tarifas, que es la misma en la imperial y en el interior. Las señoras inglesas frecuentan poco los omnibus. La actividad del servicio comienza mas tarde y acaba mas temprano que en París. Los omnibus se utilizan principalmente por la clase media: los pequeños propietarios, los comerciantes y los empleados. Los que van á las afueras, por los negociantes

que viven en el campo, y van y vienen diariamente á la Cité.

Debemos decir que los vapores del Támesis facilitan mucho por su módico precio y por su rapidez las comunicaciones entre diversos barrios. A esta competencia, muy grave para los omnibus, hay que añadir la de los ferro-carriles metropolitanos, llamados á tener suma importancia en la circulacion interior de Londres. Estos motivos explican cómo la poblacion de Londres, mas numerosa que la de Paris, mas activa, teniendo que atravesar mayores distancias, ofrece, sin embargo, una cifra menor de viajeros en los omnibus.

Para que se forme una idea aproximada de la animacion y movimiento de la capital de la Gran Bretaña, diremos que cada dia entran mas de 700,000 almas en la Cité de Londres, y salen otras tantas; formando un conjunto diario de 1.400,000 personas.

Este capítulo es ya demasiado largo, y nos falta todavía mucho que decir en el estudio comparativo que hemos emprendido entre los omnibus de Londres y de Paris.

II.

En nuestro pais, cuando cualquiera es herido en uno de los accidentes que ocurren en los caminos de hierro; cuando es atropellado en las calles por un carruaje; en fin, cuando se le roba alguna cantidad en los hoteles ó casas de hospedaje, no tiene mas remedio que curarse sus heridas ó sus contusiones, y resignarse con su triste suerte, si no logra recuperar, con auxilio de la autoridad, lo que ha perdido.

En Inglaterra y en Francia las leyes han establecido indemnizaciones pecuniarias para los que sufren algun desperfecto en su individuo ó en su fortuna, merced á los casos que hemos indicado arriba.

La otra noche, en un concierto al aire libre, se hallaba junto á nosotros cierta señora de edad proveya, pero de buen aspecto, que para andar necesitaba el auxilio de una muleta.

Locuaz y expansiva, como no suelen serlo las francesas, no tardó en trabar conversacion con nosotros.

Hablamos de todo y de muchas cosas mas; del frio, del calor, de los teatros, de los viajes, y por último, de los ferro-carriles.

— A ellos debo yo mi presente bienestar, exclamó nuestra interlocutora con íntima satisfaccion.

— ¡Ah! sin duda como accionista...

— No, señor, como víctima. Soy viuda de un capitán, con una corta pensión que apenas bastaba para mi preciso sustento. Pues bien: un dia que iba á comer con una prima que tengo en Versalles, ocurrió un choque terrible entre dos trenes, del que resultaron varios muertos é infinitas cabezas y piernas rotas. La mia derecha figuró entre las últimas: estuve dos meses en la cama; pero asistida y cuidada á costa de la compañía del ferro-carril, la cual, cuando se acreditó que quedaba coja para todo el resto de mi vida, tuvo que señalarme, en virtud de su reglamento, la indemnizacion de 6,000 francos anuales. Así, bendigo aquel percance que me permite vivir con comodidad y desahogo, aunque me haya obligado á cargar con este insoportable mueble, añadió señalando á su muleta.

Pues bien; el que es atropellado por los omnibus, recibe tambien una suma proporcionada al daño sufrido; y aquel que es robado en un hotel ó una *maison garnie*, es reintegrado por el dueño de ella de la cantidad que se le ha sustraído.

Desde 1864 á 1866 la compañía de los omnibus de Londres solo satisficó 75,000 francos, cual indemnizaciones debidas á personas atropelladas por aquellos. Poquísimos es esto si se considera que se trata de 600 carruajes en movimiento; pero ha de tenerse en cuenta que allí los cocheros pagan directamente una parte de los accidentes por medio del fondo comun, que alimentan con una suscripcion de un chelín (5 reales) por semana. Esto les hace ser mas cuidadosos.

Es seguro que en Londres ocurren menos atropellos que en Paris.

Hay para ello varias y poderosas razones: en primer lugar, las calles son mas anchas allá que acá; los cocheros ingleses tienen grande superioridad sobre los franceses; y, en fin, aunque la circulacion sea inmensa en Londres, no se halla entorpecida como en Paris, por la multitud de carretones de los vendedores de flores, frutas y legumbres, que obstruyen el paso en muchos sitios, y producen frecuentes accidentes.

En ese mismo periodo de 1864 á 1866, la compañía general de los omnibus de Paris ha abonado cerca de 2.000,000 de reales (516,000 francos) solo por indemnizaciones. Pero nótese, segun arriba hemos indicado, que los cocheros no pagan aquí en este concepto nada.

Los demás gastos, en Paris son menores que en Londres; porque el personal está allí mejor retribuido, si de vista quiera bajo el punto de la *tenué* ó uniforme haya tambien mucha ventaja aquí. Todos los trajes de los dependientes son en Paris buenos, y nada se omite para que el servicio se desempeñe de una manera decorosa y digna. Pero el precio de los salarios es mas elevado en Londres, y eso hace que los productos de la compañía no sean tan considerables y pingües.

Si fuésemos á consignar todos los detalles curiosos relativos á las dos grandes empresas de que hablamos, se haria interminable nuestro trabajo. Trataremos, pues, de condensarlo lo mas posible, no dando sino aquellas noticias y datos que ofrezcan mayor interés, y que puedan ser aplicables en su dia á Madrid, cuando llegue á

establecerse un servicio público tan útil é indispensable para una gran poblacion como el de los omnibus.

Los caballos pertenecientes á la compañía de Londres en 1861, eran 6,256, para 590 carruajes en movimiento; y en 1866 ascendian á 6,475 para 602 coches; lo cual constituye 10 por cada uno de estos, que recorren en término medio, 91 kilómetros cada dia.

El efectivo del ganado correspondiente á la compañía de los omnibus de Paris, era en 1860 de 6,162 caballos, para 499 carruajes en activo servicio; y ha sido de 8,740 para 723 omnibus en 1866. Pero parte de estos caballos y coches se emplean en las afueras; y conviene para seguir la comparacion con los omnibus de Londres, no tener en cuenta sino el ganado que desempeña el servicio dentro de la ciudad. El resultado, pues, será este: 1860, 432 omnibus, 5,438 caballos: 12 1/2 por cada uno de aquellos.

1866, 656 omnibus, 8,026 caballos: 12 1/3 por cada uno de aquellos.

Puede calcularse que cada bestia anda de 15 á 16 kilómetros por dia; tres y medio menos que en Londres.

La compañía de aquella ciudad, para 602 carruajes que tiene en circulacion, posee un repuesto de 60 á 70, destinados á reemplazar los que están en los talleres de reparacion.

La de Paris, para 656 que rodaban en 1866, tenia un material de 932 omnibus, ó sea un repuesto de 272. Esta proporcion era excepcionalmente muy elevada; porque en visperas de la Exposicion universal de 1867, debió construir la compañía mayor número de carruajes destinados á un servicio que por necesidad habia de aumentarse. En tiempos normales, el repuesto es de 30 á 33 por 100, ó sea una tercera parte, cuando en Londres solo es de 10 por 100.

La compañía parisiense construye y repara ella misma su material en vastos talleres, que representan un capital de 3.000,000 de francos, y ocupan á 600 obreros.

Hemos visitado recientemente aquella fábrica colosal, y nada puede dar idea del movimiento y de la actividad que en ella reinan. Los carruajes se construyen con todas sus diferentes partes y accesorios: hay fraguas para el hierro; talleres de carpintería y de tornero; el vapor mueve las diferentes máquinas indispensables para tan variadas operaciones; en una palabra, allí entran las primeras materias en bruto, el hierro y la madera; y salen despues los coches en disposicion de rodar inmediatamente por las calles. Allí tambien están los almacenes de repuesto, donde se ven no solo los carruajes sin estrenar, sino gran cantidad de uniformes para los dependientes; de arneses y arreos para los caballos; de piezas y demás objetos necesarios para la reparacion instantánea de los desperfectos.

La compañía de Londres trasportó en 1866 (en 602 omnibus, por término medio cada dia), 44.351,000 viajeros, ó sea 201 por carruaje y por dia, al precio de 35 céntimos. El producto total fué 15.452,000 francos, y el diario por cada carruaje 69 francos 97 céntimos.

En 1866, la compañía de Paris, con 656 omnibus, trasportó 107.242,000 viajeros, ó sea 447 por carruaje y por dia, al precio regulador de 18 1/2 céntimos. El producto general llegó á 10.888,000 francos, y el término medio por carruaje á 83 francos 4 céntimos.

Cada omnibus de Paris ha trasportado, pues, 246 viajeros mas diariamente que los de Londres, y produjo tan solo 13 francos 4 céntimos de ventaja.

¿Cuál sistema es mejor, el de la libertad ó el del monopolio? Mucho se ha discutido esta cuestion en la prensa, alegando poderosas razones los partidarios de ambos extremos. Nosotros expondremos los resultados de cada uno, para que el lector imparcial pueda juzgar.

En 1854, año precedente al régimen de la concesion privilegiada, se contaban en Paris 329 omnibus, que trasportaron próximamente 35.000,000 de viajeros. El cuadro siguiente hará ver el aumento progresivo desde 1855 á 1866:

	Máximo de carruajes.	Viajeros. — Millones.
En 1855	347	40
1856	348	45
1857	379	55
1858	410	61
1859	420	66
1860	448	67
1861	515	76
1862	540	82
1863	544	89
1864	575	93
1865	664	101
1866	664	107

De 1851 á 1866, el aumento ha sido de 347 carruajes á 664, ó 91 por 100; y de 40.000,000 de viajeros á 107, ó de 167 por 100.

Hé aquí la estadística análoga de la compañía de Londres, advirtiéndole que no hemos podido adquirir la de los años anteriores á 1861:

	Máximo de omnibus.	Viajeros. — Millones.
En 1861	590	41
1862	602	43
1863	581	40
1864	591	42
1865	598	44
1866	602	43

El número de carruajes se aumentó en 12 únicamente, ó sea 2 por 100; y el de viajeros en 1.500,000, ó sea 3 1/2 por 100. — El contraste es elocuente.

Hemos presentado la comparacion entre los omnibus de Londres y los de Paris, y de ella resulta que el servicio es mas abundante aquí que allá, y se halla mejor repartido entre los diversos barrios; que sus tarifas son mucho mas bajas, y en fin, que se atiende bien á las necesidades públicas aumentándolo en épocas extraordinarias, segun aconteció durante la Exposicion universal de 1867.

La Memoria leida en la junta general de accionistas de 31 de marzo de 1868 contiene la explicacion de los gastos y sacrificios que impuso á la compañía el servicio de la Exposicion: extractaremos aquí algunas cifras estadísticas:

1º Carruajes en circulacion durante el verano:

Omnibus.	753
Afueras.	56
Via férrea.	31
Total.	840 carruajes.

2º Número de viajeros trasportados:

En 1867. 121.835,000
O sea un aumento de 11.000,000 sobre los de 1866.

3º Producto por cada viajero:

La suma repartida entre los accionistas á título de dividendo, representó en 1867 un producto de 86 céntimos de céntimo por cada viajero. En 1866 el producto habia sido de 1 céntimo 29/100.

Desde 1855, la compañía de los omnibus de Paris ha distribuido á los accionistas los dividendos siguientes:

	Frs. cénts.
1855.	45
1856.	55
1857.	60
1858.	58
1859.	61
1860.	47
1861.	29 50
1862.	55
1863.	71
1864.	70
1865.	60 50
1866.	41
1867.	30 50

En los 13 años resulta por término medio un dividendo de 52 francos 50 céntimos por año, ó sea 6 por 100 del valor de las acciones, capitalizadas á 875 francos, pues se cotizan con una gran prima, siendo su valor á la par 500 francos.

Así ofrecen una de las mejores inversiones que se puede dar al dinero, tanto bajo el punto de vista de la seguridad, como del producto.

En Londres no suelen ocupar los omnibus sino las clases ínfimas de la sociedad; en Paris entran en ellos personas muy distinguidas. En la imperial van las gentes mas pobres y los militares; pero en el interior se encuentran indistintamente señoras elegantes, sacerdotes, empleados, extranjeros, etc. Los carruajes se distinguen por su comodidad y su limpieza, y salvan grandes distancias con su vertiginosa rapidez.

Los infelices que van al descubierto en la imperial, sufren todo el rigor de la intemperie; — la lluvia y la nieve en invierno; el sol y el polvo en verano. — La autoridad ha indicado á la compañía la necesidad de poner un ligero techo que preserve á los viajeros de tales inconvenientes, como lo han hecho ya las empresas de los ferro-carriles en los omnibus que tienen para conducir viajeros á las respectivas estaciones. — La compañía de los omnibus accederá á esto siempre que se la autorice á aumentar el precio de cada asiento alto en un *sou*; es decir, que se fije en cuatro en vez de los tres *sous* que ahora percibe. Aun no se ha resuelto la cuestion; pero esperamos se resuelva como lo exige el interés de la humanidad.

En favor de ella, y sobre todo de las clases pobres, deseamos ver establecido en Madrid el servicio de omnibus, ideado tantas veces y jamás planteado. Sobre bases firmes y bien combinadas, su éxito nos parece seguro y satisfactorio.

UN DESCONOCIDO.

El monumento del mariscal Moncey.

El monumento elevado en la plaza de Clichy á la memoria del mariscal Moncey, es un nuevo testimonio de la gratitud nacional que demuestra la Francia hácia sus gloriosos defensores.

En 1864 se sacó á oposicion este monumento erigido al héroe de la barrera de Clichy, y entre los proyectos que presentaron cuarenta artistas rivales, la comision

municipal adoptó el proyecto de M. Guillaume, arquitecto, y de M. Doublemard, escultor, entrambos pensionados que han sido de la Academia de Francia en Roma.

El proyecto se componía de una primera base, adornada con bajo-relieves; un inválido, un alumno de la Escuela Politécnica, un hombre del pueblo y un guardia nacional, representaban los defensores de París y rodeaban este pedestal circular. Desgraciadamente el primitivo proyecto se modificó después por razones de economía, y desnaturalizada así la primera creación, la villa se ha contentado definitivamente con elevar un grupo sobre un pedestal, al que acompaña un bajo-relieve que representa la defensa de la barrera de Clichy en 1814, por Horacio Vernet.

La preparación de esta obra ha sido larga porque M. Guillaume descubrió que el sitio designado para recibir el monumento exigía importantes obras fundamentales.

Nuestro dibujo ofrece el aspecto del grupo de 10 metros de altura, cuya fundición en bronce, que se ejecuta en los talleres de M. Thiebaut, no estará terminada hasta fines de setiembre. Mas adelante, con los dibujos del pedestal daremos el aspecto general de la plaza de Clichy transformada.

Entre tanto he aquí la inscripción que debe grabarse en el pedestal:

« Bajo el reinado de Napoleón III, en memoria de la defensa de París por el mariscal Moncey, mayor general de la guardia nacional, el 30 de marzo de 1814, en la barrera de Clichy, la villa ha erigido este monumento. »

R. D. N.

Baile á bordo

DEL *Magenta*.

Sabido es que después de las maniobras que cada año ejecuta la flota francesa del Mediterráneo, el almirante que manda la flota tiene la costumbre de terminar con una fiesta brillante esa campaña de evoluciones marítimas. Con este motivo pues, el almirante Jurien de la Gravière, acaba de dar un baile que dejará los mas gratos recuerdos en la sociedad argelina.

He aquí la relación de esta fiesta que hallamos en un diario de Argel.

Se ha dicho con cierta razón que todas las fiestas se parecen; pero esta vez no es verdad; pues el baile dado por el vice-almirante Jurien de la Gravière, ha sido de un género especial y mucho mas notable que el del año precedente.



PARIS. — Monumento elevado á la memoria del mariscal Moncey en la plaza de Clichy.

Al llegar á bordo del *Magenta*, lo que primero sorprendía era la originalidad de la decoración esencialmente marítima.

En medio del navío, que no era en suma mas que un inmenso canastillo de flores, se distinguía desde luego el escafandro como dispuesto á sumergirse en el mar. Su pedestal aparecía adornado con cascos marinos, herramientas, etc. Por todas partes habia magníficos trofeos con hachas de abordaje, revolvers, etc.; una inmensa bandera cubria todo el buque, y la boca de tantos y tan terribles cañones, que mañana quizás vomitarán la metralla y la muerte, estaba atestada de verdu-

terior. El ferro-carril no ha producido, sin embargo, por completo los frutos que eran de esperar, por la sencilla razón de que nosotros somos mas aficionados á consumir que á producir, y no hemos ensanchado la esfera de nuestra actividad con la mas fácil salida de los productos; pero el gusto á viajar ha aumentado; los que arrastraban una vida casi fósil en la corte ya hablan del Adour y del Garone y del Sena como de lugares conocidos, y no hay tendero, ni hortera, ni oficial de administración de cuarta clase que no enseñe el levitín ó los botitos comprados en los almacenes de la Villa de París ó en casa de Lespes.

ra. Todo aquello parecia prodigioso.

En cuanto se dió la señal del baile los bailarines aprovecharon la ocasión que esperaban con impaciencia y ofrecían un espectáculo verdaderamente curioso y pintoresco. En resumen, fué una fiesta espléndida á la que habia presidido un buen gusto digno de todo elogio.

P. P.

Una excursion

A BAGNERES DE LUCHON
Y SUS CERCANIAS.

I.

Pasar en Bayona el dia inmediato á la llegada á San Sebastian de uno de los trenes de recreo, que mediante siete duros y medio ó setenta y cinco reales, se encargan de transportar á los mas curiosos habitantes del barrio de Toledo y de la Arganzuela, ó á los mocebos de las tiendas de comercio que logran un dia de asueto, es un espectáculo digno del pincel de Goya ó de la pluma, ya ociosa por desgracia, del Curioso parlante. Entre los centenares de individuos que van á sepultar una vez, una no mas, la primera acaso en su vida, los mas ó menos esbeltos torcos en las aguas del Océano, no faltan algunas docenas, que resueltas á echar el bodegon por la ventana, como decirse suele vulgarmente, prolongan el viaje hasta Bayona, con la indispensable bota al hombro, con el lio que contiene alguna muda y con el hábito de hablar á gritos, figurándose que de esta manera se han de hacer comprender mejor por los atentos industriales de Bayona, avezados á hacer su agosto con las clases acomodadas y no acomodadas de nuestro pais. Bayona seria una ciudad muerta sin España, sin nuestra afición á las novedades, sin el natural despego que nos inspiran las cosas propias, y sin el sol asfixiante que en llegando julio hace imposible la vida en las ciudades del in-

Pero no es solo la materia imponible de los trenes de recreo la que se presta á curiosas observaciones; las mas encopetadas señoritas, los mas perfilados elegantes, los mas graves papás no se desdennan de recorrer las calles de Bayona, cargados con enormes paquetes, haciendo viajes al hotel para depositar la carga y á casa del banquero para recoger nuevas sumas que van á redondear las fortunas de Leguarde, de Fumat y de tutti quanti.

II.

Bayona me ofrecia novedad escasa, y despues de cruzar algunas palabras con buenos y queridos amigos, que no acertaban á explicarse la recrudescencia de las pasiones en España, tomé el tren de Paris, con objeto de llegar hasta Montrejeau y trasladarme en carruaje á los banos de Bagneres de Luchon, de que habia oido contar tantas maravillas.

Desde que Pau ha sido residencia pasajera del último Borbon de España, enlazando así la cuna y la sepultura accidental de esta gran raza, tan notable por sus cualidades como por sus defectos, pero á la cual bastarian los nombres de Fernando VI y de Carlos III para que España guardara de ella respetuosa y agradecida memoria; Pau no puede menos de interesar á los españoles.

Pasado Pau y dominada la impresion que el aspecto de aquellas esbeltas torres produce, la imaginacion no puede menos de recrearse en presencia de una naturaleza tan rica como variada, y á pesar de la rapidez con que la locomotora nos arrastra, hay tiempo para admirar la vegetacion siempre verde, la espesura del arbolado, la actividad de una poblacion no devorada por la fiebre de la politica, las ventajas de aquella poblacion rural diseminada en el seno de sus propiedades, á las cuales acude sin la pérdida de tiempo que la aglomeracion ocasiona entre nosotros. Entre todas las poblaciones divisadas al vapor, una de las que mas nos agradaron fué Peirehorade, que parece un nido de palomas escondido entre verde follaje.

Tarbes, capital del departamento de los Pirineos altos, mereceria una descripcion detenida y una visita del viajero. Por un azar, que es comun en los caminos de hierro, el tren nos dejó en dicho punto, y en verdad que no nos pesó del percance, de resultas del cual pudimos admirar la generosidad con que algunos ilustres hijos de Tarbes han dotado á su ciudad natal con importantes establecimientos. M. Massey, antiguo director general de los jardines de Versalles, hizo don de un jardin que es de lo mas bello que hemos visto, y en el centro del cual se levanta un elegante edificio que sirve de museo, y está lleno de obras maestras en pintura y escultura, muchas que llevan los nombres de Claudio Lorena, del Dominiquino, del Carrachio y de Zurbarán, muchas de ellas regalo del emperador, y el mayor número donativo del diputado del departamento, M. Aquiles Jubinal.

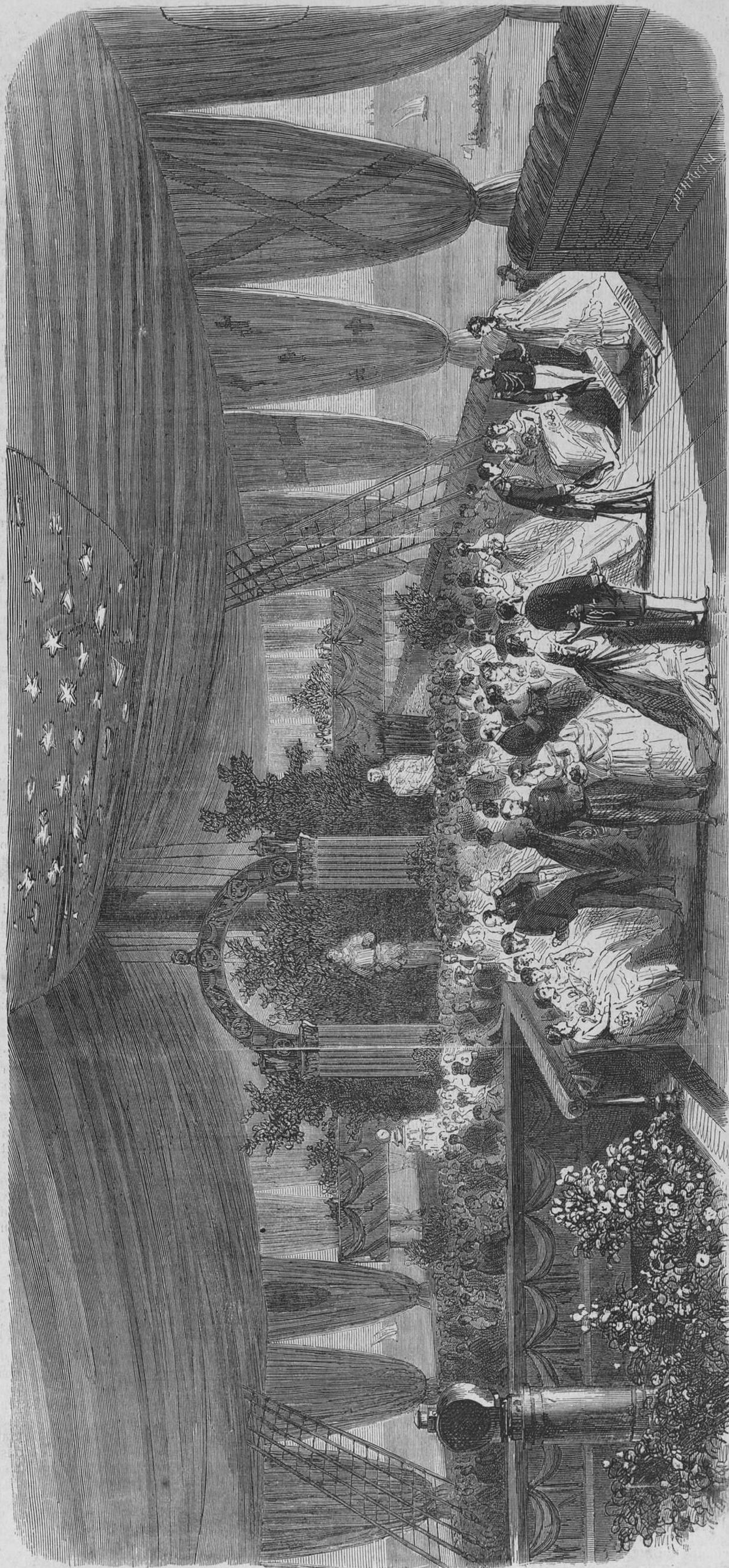
En Montrejeau termina el ferro-carril para ir á Bagneres de Luchon, y en tanto que el año próximo se acerca mas la linea, al llegar á dicho punto hay que optar entre las diligencias que hacen en cuatro horas el trayecto á razon de cinco ó seis francos por asiento, y el ajuste de una carretela para cuatro personas que no tarda mas de tres horas, y cuesta de 20 á 30 francos para atravesar los 38 kilómetros que dista la estacion férrea del encantador valle de los Pirineos, donde se halla situado Bagneres de Luchon y sus frecuentadas termas.

La impresion que se recibe al llegar á Bagneres y al atravesar la frondosa *allée d'Etigny*, nombre de un antiguo intendente que fué el primero que hizo analizar las aguas, no puede ser mas deliciosa, pues la naturaleza ha rodeado el valle de altísimas y pintorescas montañas que le encierran como en un estuche, mientras el arte ha levantado en la llanura elegantes y cómodos edificios, lujosamente amueblados, excelentes hoteles y tiendas en que la mas refinada moda parisiense se ostenta al lado de las industrias peculiares de los Pirineos, que son los mármoles, las esculturas en madera y los tejidos de punto. Los valles mas hermosos de los Alpes, las mas risueñas perspectivas de Galicia, los paisajes mas pintorescos de las provincias Vascongadas son aventajados, por el cuadro que en Luchon ofrece una naturaleza alegre y vigorosa á la par, imponente y risueña, porque de todo hay en su vistoso panorama.

Bagneres de Luchon se ensancha todos los años: todos los años surgen como por encanto lindas villas, confortables edificios, nuevos establecimientos, que prueban hasta qué punto se posee el arte de atraer la concurrencia y de ofrecerla mayores alicientes; la municipalidad cuida los caminos de los montes, como si fueran salones, y no hay punto de vista, no hay cascada, no hay secreto de la agreste cordillera de los Pirineos que no tenga cerca el buffet donde el viajante pueda restaurar las fatigadas fuerzas.

III.

Seria tarea larga la de describir las mil excursiones que desde Bagneres de Luchon pueden hacerse; ni lo consentirian los reducidos límites de un artículo, ni lo que se halla en cualquier guia vale la pena de ser aquí repetido y comentado; pero no omitiremos que lo que se llama las pequeñas como las grandes excursiones se hace con grandes facilidades, llegando los carruajes á



ARGEL. — Baile dado á bordo del *Magenta* por el almirante Jurien de la Gravière, á la conclusion de las grandes maniobras de la flota del Mediterráneo.

los mas empujados riscos y habiendo caballos del pais y guias dispuestos á todas horas. El lago de Oo, el valle del Lirio, la gruta de San Bertran, las cascadas de Juzet y Montauban ofrecen diarias distracciones á los bañistas.

Pero como hemos de suponer, pensando piadosamente que estos van en primer término á buscar el alivio de sus dolencias, creemos que ya es hora de decir algo de las termas, del sistema en ellas seguido y de los mejores lugares de hospedaje. Esto puede ofrecer alguna utilidad, y por lo tanto de ello debemos hacer el principal objeto de estas líneas escritas á vuela pluma.

El establecimiento termal no se distingue por su belleza arquitectónica: levantado al pié de la montaña de Superbagnères, le parece á uno á primera vista que entra en una lonja de comercio y no en una gran casa de baños. No carecen, sin embargo, de belleza, las columnas monolíticas del frontispicio, sacadas de las ricas canteras de mármol blanco del pais, ni la gran galería revestida de frescos, no muy notables, que da acceso á los diferentes pabellones en que están los gabinetes de baños de las diversas aguas que utiliza el establecimiento. Los manantiales son los siguientes: el del Prado, el de Bordeu, el de los Romanos, el de la Reina, el de la Gruta, el Blanco, el de Richard y el de Eligny. Estos distintos manantiales alimentan los baños, repartidos en pabellones con indicación de la clase de agua que contiene cada uno, y desde las cinco de la mañana, los bañistas acuden á su punto respectivo, habiendo la dirección del establecimiento organizado con gran regularidad el servicio para que á la hora señalada previamente á cada bañista este halle su gabinete preparado. Todo está dispuesto además de manera que desde que se entra se va penetrando en una atmósfera cada vez mas cargada de principios sulfurosos, hasta llegar á una de las 106 pilas de que consta el establecimiento, sin contar las duchas locales, 20 ó 30 puestas en las piscinas pequeñas, 30 en la de natación y otros varios aparatos que excusamos enumerar.

El precio de los baños es de dos francos cada uno, inclusa la ropa, y sin contar la propina del bañero. También se abona un sueldo por beber el agua de los diferentes depósitos que brotan en la galería hecha al efecto detrás del establecimiento de baños. Conocidas son las enfermedades á que las aguas sulfurosas se aplican, y las de Bagnères tienen la ventaja, aparte los atractivos de la residencia, de que no pesan en el estómago.

La vida que se hace es completamente de campo: excursiones diarias á los parajes mas pintorescos de las montañas, almuerzos al aire libre, ascensiones por la montaña de Superbagnères hasta llegar á la fuente del Amor, donde se refresca, ó al restaurant que hay un poco mas arriba, donde se come confortablemente. El ayuntamiento paga una música que toca en el parque por las tardes y por las noches, y los bañistas forman tertulias que no se prolongan mas allá de las diez de la noche.

IV.

Distínguese este año por su union y su cordialidad de trato la colonia española, casi todo el día reunida, y en la cual se cuentan el duque de Medinaceli, los condes de Iranzo y de Munter, el de Torrejon, el duque de Granada, los marqueses de Vinent y de Larios, y los señores Benavides, Estéban Collantes; general Fernandez de San Roman, Hurtado, Palau, Llorens, Ceriola, Alvarez (de Málaga), San Juan, Finat, Lorenzo García, Escobar, muchos de estos con sus familias, y todos con la amenidad y cortesania que distinguen el trato de los españoles.

El hospedaje no es caro: hay cuartos desde cuatro francos, y el precio usual de la mesa en los hoteles es de tres francos el almuerzo, y cuatro la comida.

Recientemente se ha abierto el hotel de Richelieu, que es grandioso; pero en proporciones mas modestas preferimos el Gran Hotel de los Bulevares, edificado en el del Príncipe Imperial, contiguo al Gran Casino, cuya construcción está contratada y dirigida por una persona tan inteligente como industriosa, M. Daume, que ha reunido á fuerza de trabajo y laboriosidad una considerable fortuna. Amueblado con lujo y comodidad, disfrutando de vistas admirables, el Gran Hotel de los Bulevares está destinado á ser uno de los mas concurridos, y de seguro merece la preferencia de nuestros compatriotas, que en él hallarán esmerado trato y excelente asistencia. Un rasgo de las costumbres francesas que explica el secreto del constante progreso de la Francia, es que M. Daume ha invertido un capital de 300,000 fr. en su especulación, y poseyendo esta fortuna, no se ha desdenado de dedicar á uno de sus hijos á la profesión de jefe de cocina para auxiliar y obtener mas pingües productos de su negocio. Al que poseyera entre nosotros ese capital, no se le ocurriría dedicar á ninguno de sus hijos á profesion tan modesta y preferiría que se comiese la renta de agregado sin sueldo á una embajada ó de abogado sin pleitos.

La concurrencia á los baños de Luchon es numerosísima este año; pero falta su espectáculo favorito, las *cocottes* y sus *toilettes tapageuses* que andan por Trouville ó por Homburgo y Baden.

En resumen, nuestros baños de las provincias Vascongadas son muy buenos para recobrar la salud; los de Bagnères de Luchon, con aguas acaso inferiores, tienen alicientes mas grandes, que debieran servir de estímulo y acicate á nuestros compatriotas.

L. E.

Revista de Paris.

En diferentes ocasiones hemos tenido ocasion de decir que todo acontecimiento de cualquier género que sea, que llama la atención de los parisenses, se convierte fácilmente en espectáculo. La última semana hemos tenido otra prueba mas de esta verdad: la misma multitud que el domingo anterior se puso en movimiento para asistir á la fiesta que conocen ya nuestros lectores, dos dias despues emprendia con igual animacion otra caminata para presenciar las honras fúnebres del mariscal Niel, ministro de la Guerra.

Cierto es que las exequias de un mariscal de Francia merecen verse: es una de esas ceremonias ostentosas de que difícilmente se puede dar idea con la pluma.

Sin embargo, trataremos de hacer una descripción lo mas circunstanciada que nos sea posible.

El funeral debía celebrarse en la iglesia de los Inválidos. Durante el día anterior no cesó de acudir gente á visitar los despojos mortales del ilustre difunto depositados en el ministerio de la Guerra, en la calle de Santo Domingo.

El cadáver estaba embalsamado y vestido de uniforme de mariscal de Francia, apoyada la mano derecha en un baston y extendido en un lecho enlutado en la sala de armas trasformada en capilla ardiente.

Velaban al difunto un eclesiástico, la hermana de la Caridad que cuidó al mariscal durante su enfermedad, y dos de sus oficiales de ordenanza.

En la mañana del expresado día 17, á las once, las tropas designadas para asistir á la fúnebre ceremonia principiaron á reunirse en las calles y en las grandes vias de comunicación inmediatas al ministerio de la Guerra.

A medio día se presentaron en el ministerio de la Guerra las comisiones de los altos cuerpos del Estado, y á las doce y media en punto púsose en marcha el cortejo en el orden que sigue:

Iban primero dos escuadrones de caballería de la guardia imperial con su coronel y su bandera, la brigada de infantería de la guardia, un batallon de la guardia de Paris, un batallon de bomberos de la misma ciudad, el mariscal Canrobert, á cuyas órdenes estaban todas las tropas, su jefe de estado mayor el general Courson y los oficiales de su estado mayor de gran uniforme y el general Soumain, y seguian luego el carro fúnebre arrastrado por seis caballos con gualdrapas y el caballo de batalla del difunto, tras los cuales venian los representantes de la familia y de la servidumbre de los emperadores; los ayudantes de campo y oficiales de estado mayor; SS. EE. M. Magne, M. de Forcade y varios otros ministros; los mariscales á la sazón hallados en Paris; las comisiones del Senado, del Cuerpo legislativo, del Consejo de Estado, de los tribunales de casación y de cuentas, del tribunal imperial y de los demás tribunales, etc.; las comisiones de la Escuela de Estado mayor, y de las Escuelas politécnica, de Saint-Cyr y de Val-de-Grace; las comisiones de sanidad y de higiene hípica, y por último, las comisiones de la guardia nacional no movilizada, el general Mellinet y su nuevo jefe de estado mayor, y las comisiones de la guardia imperial, del ejército y de la guardia nacional movilizada.

Formaba la carrera un regimiento de la guardia. Cerraban la marcha de la comitiva la division de infantería del general Deuay, dos baterías montadas, el regimiento de caballería de cazadores núm. 11, con estandarte y con su coronel al frente, y una compañía de la guardia de Paris.

Llevaban las cintas del féretro el mariscal Vaillant, el almirante Rigault de Genouilly, M. Rouher y un senador.

El fúnebre cortejo, al salir del ministerio de la Guerra, emprendió la marcha por la calle de Santo Domingo hasta la entrada de la de Solferino, nombre que recuerda uno de los mas gloriosos días de la vida del mariscal Niel, y desde allí siguió por el muelle y por la explanada de los Inválidos, entrando á la una en este cuartel de soldados veteranos.

En el patio de Honor y en todo el trecho que media desde él hasta la iglesia, formaban soldados del cuartel de Inválidos. Los artilleros estaban al pié de sus cañones. Media batería situada en el muelle hizo tres salvas, á saber, una al entrar el cadáver, la otra al alzar la hostia, y la tercera durante el desfile.

El portal de entrada al patio de Honor, la fachada de la iglesia, y la iglesia en su interior, estaban cubiertos con colgaduras negras, en que se destacaban el escudo de armas y las iniciales del mariscal. En la panoplia, debajo de las banderas conquistadas, entre las que se cuentan una de las tomadas en Solferino por uno de los regimientos del 4º cuerpo mandado por el general Niel, se leian los nombres de las batallas en que el difunto se habia distinguido: Constantina 1837, Roma 1849, Bomarsund 1854, Sebastopol 1855, Solferino 1859.

La iglesia tenia la ornamentación prescrita para las grandes ceremonias de esta clase. Colgaduras desde la cornisa, abajo en el crucero grupos de banderas, escudos, el púlpito cubierto con un crespon, un catafalco junto al que estaban dando la guardia de honor doce sargentos condecorados del ejército, y frente al que habia los individuos de la familia y los oficiales del estado mayor del difunto y destinados á su servicio.

Pocos momentos antes de llegar el cadáver, el señor arzobispo de Paris fué recibido en la puerta de la iglesia de San Luis por el clero del cuartel,

Habiéndose introducido el cadáver en la iglesia con el ritual ordinario, principió inmediatamente la ceremonia. Oficiaba el abate Largentier, cura de los Inválidos. La iglesia estaba llena de arriba abajo, tribunas y galerías laterales. Se habian reservado dos tribunas para la familia del difunto cerca de la del gobernador. La misa fué cantada. La música de la guardia de Paris alternaba con el órgano y los cantos sagrados.

A la una y media el señor arzobispo cantó los responsos, y el cadáver fué trasladado á la verja de honor del cuartel de los Inválidos. Las tropas que habian acompañado al difunto desfilaron por delante del coche fúnebre.

Respetando la voluntad del difunto, sus restos debian trasladarse á Muret, para cuyo punto partió su féretro á las cinco y media por el ferro-carril de Tolon.

Pasemos á otras materias.

Las crónicas de la semana refieren con largos pormenores una historia, digna seguramente de ser reproducida, porque contiene en sí los elementos principales para una novela tan interesante como divertida.

Resumiremos lo mas posible, porque la historia en cuestión abunda en peripecias.

Hace veinte y cinco años la señorita Alfonsina Deuzy contaba diez y siete años, y como era bien parecida, no la faltaban adoradores que la pretendian por esposa.

Un capitán de artillería obtuvo la preferencia.

Retirado del servicio, el capitán vino á fijar su domicilio en Saint-Omer, donde presentó su esposa, y entrambos fueron recibidos en la mejor sociedad.

Hace cinco años que el capitán murió, dejando á su viuda un activo de 90,000 francos y un pasivo de 120,000, una fortuna muy embrollada, como dice ella.

Ahora bien, ¿qué se le ocurrió para restablecerla?

Alfonsina tenia aspiraciones nobiliarias: ya en la época de su casamiento se habia añadido la partícula, y al quedarse viuda se otorgó el título de condesa.

En tan elevada posición, la viuda necesita un palacio, naturalmente; y con efecto, compra un viejo caseron flanqueado por algunas torres, en las inmediaciones de Saint-Omer, da 15,000 francos á cuenta, toma prestados 25,000, y con los 40,000 que la sobran emprende obras de restauración en su residencia, que bautiza con el nombre retumbante de palacio de Chalman.

Pero á todo esto los acreedores piden la liquidación, y despues de sostener un pleito, la supuesta condesa no tiene mas remedio que entregar todo cuanto posee.

¡Y en qué ocasion, gran Dios! A punto en que la viuda, no obstante sus cuarenta años, habia logrado calentar los cascos á un jóven llamado Ernesto, sumamente rico, y que daba gustoso sus millones en cambio de la alianza con la condesa.

Pero sin palacio no habia boda: toda la buena sociedad de Saint-Omer volvió la espalda á la viuda, que debió tomar inmediatamente las de villadiego, dejando allí 10,000 francos de deudas.

Largo seria seguirla en sus incesantes peregrinaciones; y así es que nos contentaremos con observar sus acciones en sus dos últimas residencias en Paris y en el palacio de Outreau, cerca de Boulogne.

Aquí fué donde pensó seriamente en hacerse una posición. Imaginóse que su título no era bastante conocido, y le cambió por otro de mas fama, llamándose desde entonces condesa de Kersaint.

Con este nombre escribió una infinidad de cartas á los poderosos de la tierra, á fin de interesarlos por una jóven condesa de diez y nueve años (la condesa de Salle), viuda ya y desposeída de una fortuna de 600,000 francos que habia perdido en un pleito; y su nuevo título la sirvió tambien para engañar á muchos comerciantes parisenses.

Pero ya se ve, hizo tantas, que al cabo se descubrió el enredo.

No contenta con estos engaños, giraba tambien letras de cambio contra las casas mas conocidas de Paris.

En el número de sus víctimas se cuentan la condesa Dzialinska, el príncipe Demidoff, el duque de Rohan, el duque de La Rochefoucauld, el conde Czartoriski, á quienes pedia socorros para la interesante viuda que habia perdido su fortuna.

Tenia un libro donde apuntaba las señas de los altos personajes, y un registro en el que anotaba puntualmente cuantas cantidades recibia.

En 1868 el total de estas limosnas se eleva á 2,978 francos, y en los siete primeros meses de 1869 á 3,280 francos. Veamos cómo procedia:

No teniendo noticias bastante precisas acerca del príncipe Demidoff, pregunta á una amiga suya, quien la dice que el príncipe es viudo, aunque jóven todavia (treinta y dos años); que posee 12 millones de renta, y que á la muerte de sus padres tendrá el doble.

Con estos informes, la supuesta condesa toma la pluma y escribe esta primera carta al príncipe Demidoff, fechándola en el palacio de Outreau el 13 de enero de 1869.

«Príncipe: Hace dias que pensaba tener la honra de escribirnos relativamente á una jóven viuda, la señora marquesa de La Salle, que acaba de sufrir la horrible desgracia de perder á su marido y toda su inmensa fortuna en un desastroso pleito. Las pruebas á que se ve sometida son tan espantosas que desgarran el corazón de las personas que desearian consolarla. Esta interesante señora se ganará la vida trabajando, pues posee un gran talento en la pintura, no cuenta mas de diez y nueve años, y á esta edad puede prometerse aun dias felices. Piadosa y de una distinción no-

table, desea abrir un curso de dibujo destinado á las jóvenes; pero para organizar un establecimiento de esta especie necesita algunos fondos; y con este motivo me dirijo á vuestra infinita bondad, como me he dirigido ya á las duquesas de Sesto y de Galliera, que me han enviado sus ofrendas para la pobre viuda.

» El señor baron Taylor me manda tambien la suya á la par con vuestras señas, esperando que vuestra inmensa caridad, que esparce su perfume sobre todos los artistas desgraciados, tendrá compasion de esta jóven viuda cuyos infortunios son tan deplorables.»

Contestacion : 300 francos. Diez dias despues otra cartita:

«Príncipe : Me apresuro á deciros, segun vuestro deseo, la cifra de las ofrendas recibidas para socorrer á la condesa de La Salle. Las dos duquesas me han enviado 100 francos cada una; el duque de Roban 500, el baron 60. Hé ahí el resultado de mi pequeña colecta, que está muy lejos de llegar á la cifra de 1,500 francos que me es indispensable.»

» Ya comprendereis, príncipe, que la condesa de La Salle, cuyos abuelos eran gentiles hombres de Carlos Quinto, es demasiado distinguida para vivir de limosna: lo que pide como una gracia es la posibilidad de abrir la escuela de dibujo. ¡Su valor es sublime!»

Otro envio de dinero, al que sigue esta otra carta que completa el cuadro :

«Príncipe : Hasta esta mañana no me ha llegado vuestra tra respuesta. Estaba ayer en casa de la marquesa de La Salle, cuando recibió el importe de vuestra letra de 300 francos, segun aviso que os di en su nombre, pues ella no podia hacerlo por hallarse en cama con una indisposicion que me prometo no tendrá consecuencias funestas. Su salud es tan delicada, que un simple resfriado basta para hacerla mucho mal; y luego hay que decir que se cansa demasiado: trabaja continuamente y come poquísimo, lo cual no es un buen medio para adquirir las fuerzas que necesita para el curso que piensa abrir.»

Siguen las gracias, y la carta continua en estos términos:

«Me asusta el dinero que gasto para el mueblaje, que es de lo mas modesto. Y sin embargo, debo tener cuidado en no excederme. Aun falta una alfombrilla barata para la clase de música, y tambien se necesitaria un reloj para la de dibujo... Si por casualidad tuviérais una alfombra que ya no os sirviera para nada, seria un gasto menos...»

Por supuesto el príncipe contestó con otro donativo, y entonces continuaron las cartas.

Pero basta ya de esta correspondencia: diremos solo que el príncipe Demidoff entregó para esta obra filantrópica de pura invencion la cantidad de 1,100 francos.

Y esta comedia se repitió con otros personajes; pero, como hemos dicho, los artificios de la condesa de Kersaint llegaron á descubrirse, y la costarán una penitencia de seis meses de encierro.

Concluiremos hablando de un suceso espantoso que tuvo lugar dias pasados en el Hipódromo.

Un domador de fieras, llamado Lucas, está dando allí representaciones con cuatro leones encerrados en una jaula; pero el juéves olvidó la varilla de hierro de que se sirve por lo comun, y entró en la jaula solo con un látigo.

Entonces una leona le acometió por detrás, hiriéndole en el brazo izquierdo; otro leon acudió tambien y pronto se vió al domador caer desgarrado y cubierto de sangre.

Su ayudante Jose se precipita en la jaula con una carabina, y á culatazos obliga á los leones á soltar su presa.

La angustia en el público fué terrible: las mujeres se desmayaban, lloraban los niños y todos los espectadores estaban espantados.

Por fin pudieron sacar á Lucas de la jaula en el estado mas deplorable, y pocos dias despues ha sucumbido en medio de los padecimientos mas horribles.

¿No seria tiempo ya de poner fin una vez por todas á tan bárbaros espectáculos?

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

OTOÑO.

Huyeron del estío
Las largas tardes y la fresca sombra,
Del sol ya el rayo es frio,
Y en el bosque sombrío
Caen las hojas á servir de alfombra.

Las aves apagaron
Sus himnos y dulcísimas querellas,
Y el bosque abandonaron
Porque ya en él no hallaron
La verde pompa de sus hojas bellas.

Sus alas delicadas
El aura plega que meció entre flores;
Y estas, ya marchitadas,
Se rinden olvidadas
De sus secretos íntimos amores.

Llegan de abril y mayo
Las solitarias tardes que ilumina
Del sol el tibio rayo
Cuando en blando desmayo
En las azules ondas se reclina.

¡Oh, cuánta poesía
Guarda, otoño, tu bosque silencioso!
¡Cuánta melancolía
Reina en tu triste día
Y en tu cielo nublado y borrascoso!

Mas belleza atesoras
En tu plácida lumbre moribunda,
Que en las brillantes horas
De músicas sonoras
El rico estío en su estacion fecunda.

Tu blanca luna asoma
Como virgen modesta y solitaria
Sobre la opuesta loma,
E impregnada de aroma
Vibra en tu noche incógnita plegaria.

¡Oh! ¡Cuánto amo tu halago!
¡Cuánto tu sol, tu alfombra perfumada!
¡Y ese murmurio vago
Que circula en el lago,
En la selva, en el valle, en la enramada!

Caen las hojas; deja
Su sombra el árbol y su pompa verde,
Y alza su última queja:
Al corazón semeja
Que así los sueños de la infancia pierde,

La tarde de la vida
Tambien guarda en su seno algunas flores:
La triste despedida
Va siempre precedida
Del placer de los últimos amores.

Pronto los dulces dias
De abril y mayo pasarán: tras ellos
Llegarán las sombrías
Noches de invierno frías
Sus luces ténues y sin astros bellos.

¡Mas, antes que el destino
Las traiga, oh, niñas de estos valles caros,
De la uva el cristalino
Jugo exprimid, y el vino
Dadme á beber para mi amor dejaros!

Amigos, apuremos
En larga libacion la despedida:
¡Si mañana tenemos
Lágrimas, hoy podemos
Gozar de la mañana de la vida!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

El istmo de Suez.

A unos 60 kilómetros de Damietta, y no lejos del brazo oriental del delta del Nilo, un banco de arena, de unos 100 metros de anchura, dibuja apenas sus ondulaciones. Este punto perdido y de consistencia indecisa, que se disputan alternativamente y cubren con sus altas aguas el Mediterráneo, el Nilo y el lago Menzaleh, no ve jamás un buque acercarse á sus bajos: no hay aquí ninguna habitacion, ningun habitante. Ningun ser humano se ha atrevido á instalarse en esa ladera inexplorada. A lo lejos se ve una aldea de pescadores perdida en las arenas bajas de Gemileh. Ni un árbol, ni una yerba existen en ese rudimento de península que abraza el sol de Egipto.

Pues bien, en esa lengua de tierra arenosa plantó resueltamente su tienda M. F. de Lesseps en 1859. M. Laroché, ingeniero de puentes y calzadas, le acompañaba con una docena de intrépidos trabajadores.

Aquí debía elevarse la ciudad de Puerto-Said, la cabecera del canal marítimo.

En Puerto-Said habia que crear un puerto de entrada de 8 metros de profundidad, y habia que ampararle con dos escolleras que se avanzaran en el mar, la una á 3,000 metros y la otra á 1,600.

De Puerto-Said se debia abrir un canal de 60 á 100 metros de ancho hasta el lago Timsah, atravesando el islote de fango de Raz-el-Eich y los dos lagos pequeños Ballah, que alimenta el lago Mensaleh, pero que en la estacion cálida se quedan en seco; y finalmente, habia que pasar y cortar en línea recta la inmensa duna de arena llamada Seuil-d'El-Guisr.

El lago Timsah, ó del Cocodrillo, se hallaba en seco cuando empezaron las obras, y su fondo fangoso demostraba que las crecidas del Nilo eran su solo alimento.

Defendido al Norte por la duna del Seuil-d'El-Guisr, flanqueado al Mediodía por otra duna llamada el Seuil-de-Serapeum, el lago Timsah estaba destinado á recibir las aguas del Mediterráneo, y á que le atravesara un canal de 100 metros.

Un canal de 60 metros de una orilla á otra ponía, segun el trazado, el lago Timsah en comunicacion con los lagos Amargos, otros lagos secos de unos 30 kilómetros de superficie.

De los lagos Amargos el trazado del canal atravesaba el Seuil-de-Chalouf, donde habia que hacer saltar un banco de rocas, para llegar por fin á Suez y al mar Rojo.

El trabajo consistia en sacar 75 millones de metros cúbicos de tierra para abrir un canal marítimo de 8 metros de profundidad sobre un largo total de 160 kilómetros.

Al mismo tiempo que esta obra colosal, la Compañía del canal de Suez tenia que crear un canal de agua dulce para alimentar los astilleros y facilitar sus transportes.

Eran otros 8 millones de metros cúbicos de tierra.

Tal es la grande obra que M. de Lesseps no vaciló en emprender el día en que plantó su tienda en el banco de arena donde hoy día se eleva Puerto-Said.

Aunque la historia de este gigantesco trabajo es ya conocido de nuestros lectores, no vacilamos hoy en entrar en detalles que serán leídos con interés, detalles que tomamos de la última Memoria de M. de Lesseps, y que tratan del estado actual de las obras y de los diferentes servicios instalados ya para el día en que el canal quede abierto á la navegacion de todo el mundo.

Pero antes diremos dos palabras sobre nuestros dibujos.

Para crear las fuertes escolleras de Puerto-Said, como habria sido imposible llevar piedras para sumergirlas luego á 3,000 metros en el mar, se fabricó en el mismo terreno un compuesto hidro-cíclico vaciado en moldes de 10 metros cúbicos, de unas veinte toneladas de peso cada trozo. Las dos escolleras han consumido 25,000 de estos trozos enormes, y ofrecen hoy un abrigo de 230 hectáreas. La escollera Oeste da una idea del efecto que producen estos diques. La vista de Puerto-Said y la entrada del canal marítimo, así como el dibujo de la playa, no necesitan otra explicacion que la que se hallará en los extractos de la Memoria de M. de Lesseps, que á continuacion copiamos:

Dice así, en el capítulo en que trata del estado de las obras:

La cantidad total de tierra que habia de removerse para abrir el canal, se habia calculado en 75 millones de metros cúbicos. El adelanto actual de los trabajos, el exámen de la nivelacion hecho por medio del nivel del agua introducida en los lagos Amargos, y la experiencia que tenemos de la consistencia del terreno, nos permiten ahora calcular exactamente cuánto falta desmontar para dejar el canal en su anchura y profundidad definitivas.

De estas nuevas observaciones y estudios se desprende que en 15 de julio el total de las tierras que faltaban por remover era de 6 millones de metros cúbicos; en el resto del mes se habrá extraído como un millon, de suerte que ahora no tenemos que remover sino 5 millones de metros cúbicos.

Como la marcha que siguen las brigadas nos da la seguridad de que ese trabajo puede quedar hecho para el mes de octubre, no hemos vacilado en fijar para el 17 de noviembre la inauguracion del canal y el comienzo de su explotacion.

Así es que todos han cumplido su deber, y las obras han marchado con el vigor y la regularidad que os prometimos.

En Puerto-Said las escolleras están terminadas desde principios del año, y dan al puerto seguridad completa. MM. Dussaud han llenado su cometido á nuestra completa satisfaccion.

La embocadura de entrada entre las dos escolleras se abrió el año pasado á 6^m, 50 y á 7 metros, y ha permitido la entrada á todos los buques de vapor que en gran número han ido á fondear en nuestro puerto.

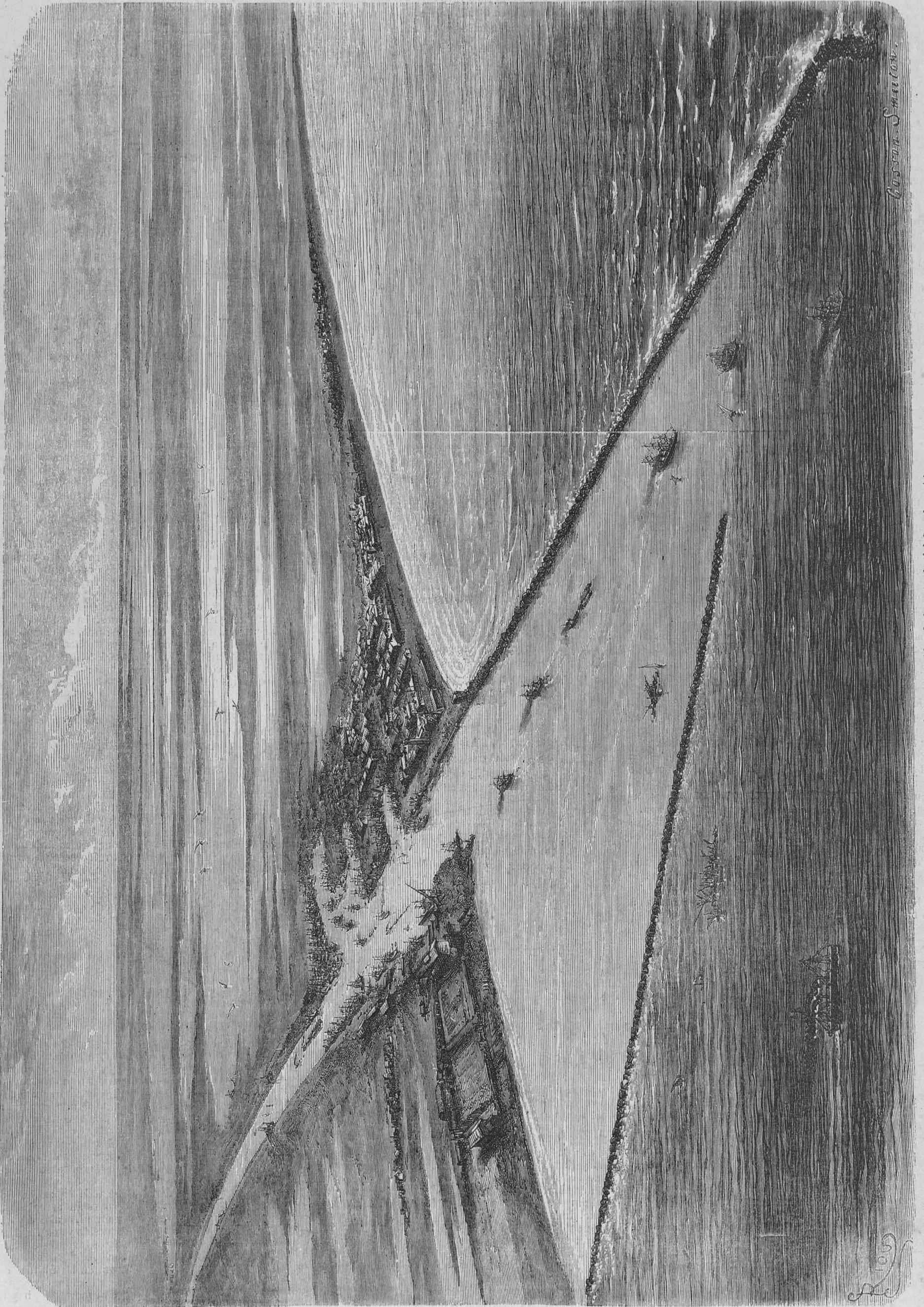
Actualmente las dragas terminan la embocadura. En 1^o de octubre habrán desmontado á una profundidad de 9 metros hasta el extremo de la escollera Oeste, la mas entrada en el mar.

De Puerto-Said á los lagos Amargos, en una longitud de 100 kilómetros, el canal presenta, ya desde algunos meses, el aspecto que tendrá despues de su completa terminacion.

En todas partes el canal tiene toda su anchura; sus taludes sobre el nivel del agua están arreglados. De esta parte del canal, mas de la mitad, acabada y abierta en toda su profundidad, nos ha sido ya entregada por los contratistas, y cada día nuestros ingenieros están recibiendo nuevos trozos de trayecto.

En esta extension 49 dragas quitan las últimas capas del fondo en las partes todavía no terminadas.

De los grandes lagos Amargos al mar Rojo, hay unos 40 kilómetros, de los cuales 35 se han hecho comple-



Canal de Suez. — Vista de Puerto-Said y de la entrada del Canal maritimo.

tamente en seco, empleando wagones y carretones. En este momento se están quitando las últimas capas de tierra, y dentro de pocos días sabreis que el mar Rojo, introducido en esta larga trinchera, muela sus aguas con las del Mediterráneo, y contribuye á completar el caudal de los lagos Amargos.

Los 5 kilómetros del canal inmediatos al mar Rojo, se profundizan por medio de dragas. Once dragas trabajan en este punto. La embocadura desde la rada hasta la orilla en que desemboca el canal marítimo, está casi terminada.

Esta embocadura, que termina al extremo del golfo de Suez, donde no hay corriente paralela á la orilla, y donde el fondo es de limo sin consistencia, no necesita ser protegida, como en Puerto-Said, por escolleras laterales.

Una capa de 1,500 metros de grava y el terraplen que hemos hecho en los terrenos descubiertos por la baja mar, concedidos á la Compañía, bastan para proteger la embocadura y entrada del canal marítimo.

Estos trabajos están terminados.

Los sucesivos progresos de nuestras operaciones habian hecho desvanecer una tras otra las dudas que se habian levantado sobre la posibilidad de la abertura y de la conservacion del canal. Una sola duda se conservaba todavía, y algunos nos preguntaban si lograríamos llenar los lagos Amargos, mientras que otros se inquietaban solamente de la enorme duracion que atribuian á este trabajo.

Conocemos exactamente la extension, la forma, la capacidad de los lagos, la índole del terreno que los constituye, y la cantidad máxima de agua que el calor y el aire seco de Egipto pueden evaporar en un dia. Este conocimiento no nos permitia participar de los recelos poco fundados, y por lo demás, si un trabajo ofrecia un éxito naturalmente asegurado, era precisamente el que consistia en dejar entrar, en una depression del terreno, el agua procedente á la vez de los dos mares por un canal abierto debajo del nivel de esos dos mares con una seccion considerable.

La operacion de llenar los lagos Amargos se ha confiado á MM. Borel y Lavalley.

En el mes de marzo último la obra establecida en la desembocadura Norte del canal en los lagos Amargos, para permitir y regularizar la entrada del agua del Mediterráneo, se abrió en presencia del khedive de Egipto y de los principes de Gales.

Desde los primeros dias, el fondo quedó rápidamente cubierto, y hemos podido asegurarnos de que la cantidad de agua absorbida por las filtraciones y por el aire era inferior á la que habiamos calculado.

El nivel del agua se eleva, desde algunas semanas, de 3 á 4 centímetros por veinte y cuatro horas.

Dentro de algunos dias la abertura de nuestra derivacion del mar Rojo hará mas que doblar la rapidez con que los lagos se llenan. La fiesta próxima del 15 de agosto se celebrará, en los dos confines del mundo, con la inauguracion del telégrafo trasatlántico francés, y con un acontecimiento previsto en las antiguas leyendas orientales, la union de las aguas del mar de las Perlas y del mar del Coral, ó sean el mar Mediterráneo y el mar Rojo y el golfo Pérsico.

En abril de 1867 fijamos la fecha del mes de octubre de 1869 para terminacion del canal. Faltaban entonces por extraer mas de 50 millones de metros cúbicos, faltaba completar el material de los contratistas, faltaban por llenar las cuencas de los lagos Timsah y Amargos, á todo lo cual se unia todo lo demás imprevisto.

En efecto, se presentaron dificultades numerosas é inesperadas. En muchos puntos, los terrenos se han encontrado mas duros de lo que las sondas hicieron prever. En el llano de Suez principalmente, han tenido que hacerse en seco 10 kilómetros del canal, despues que todo estaba dispuesto para profundizarlo por medio de dragas, despues que algunos trozos habian sido atacados de esta suerte bajo el agua. Ha sido preciso cambiar súbitamente la organizacion de los trabajos, hacer desmontes difíciles, encargar la construccion de miles de wagones, kilómetros de rails, muchas máquinas locomóviles, bombas de gran potencia, reunir operarios braceros, é instalar brigadas cuyo trabajo diario ha ascendido á 15,000 metros cúbicos de tierra ó de peñas que han exigido mas de 1,000 kilogramos de pólvora.

A pesar de todos estos obstáculos, nuestros contratistas acabarán el trabajo en el dia señalado, justificando de esta suerte la confianza que nos habian inspirado.

Durante este año hemos tenido que ocuparnos de la muy importante cuestion del sistema de iluminacion y colocacion de boyas que ha de adoptarse en el canal marítimo y en los puertos, y de las condiciones náuticas que han de preverse para dar completa seguridad á la navegacion. Esta cuestion, despues de haber sido objeto de serios estudios de parte de los ingenieros de la Compañía, ha sido sometida al exámen de una comision compuesta de ingenieros de puentes y caminos, y de ingenieros de construccion navales, oficiales generales y superiores de la marina imperial.

Al propio tiempo, la Compañía de las Mensagerías imperiales, consultada, manifestaba la opinion colectiva de sus hábiles capitanes que habian podido estudiar prácticamente la cuestion.

El dictámen de la comision ha sido publicado.

El sistema de iluminacion y colocacion de boyas definitivamente adoptado por la Compañía, despues de largos estudios y multiplicados ensayos, no puede menos de ser satisfactorio. Se ha encargado ya la construccion de los aparatos. Se trabaja activamente en instalarlos; estarán colocados antes de la época de la apertura.

En la propia fecha estarán colocados los postes para las amarras, las boyas y todo lo demás accesorio destinado á facilitar la navegacion. En fin, la Compañía habrá hecho publicar un excelente mapa hidrográfico para la navegacion por el canal marítimo con sus dos fondeaderos interiores y sus dos puertos. Este mapa ha sido levantado por nuestro ingeniero hidrógrafo M. Larousse, jefe de la division de Suez, bajo la direccion de nuestro director general de las obras, M. Voisin-Bey.

Previendo el movimiento marítimo que debe verificarse por el canal de Suez, era indispensable que la costa baja del Egipto fuese iluminada perfectamente entre Alejandria y Puerto-Said. Los estudios hechos por nuestros ingenieros, de un sistema completo de iluminacion de la costa, despues de sometidos á una informacion local, han sido examinados por el sabio director general de los faros de Francia, M. Reynaud, y por los ingenieros de la Comision permanente de los faros. Conforme con el parecer de esta Comision, el virey de Egipto, siempre dispuesto á dar pruebas de su constante y levantado celo por el comercio general y por el canal, ha resuelto construir cuatro nuevos faros de primer orden en el litoral de Egipto, y ha encargado á la Compañía la direccion de este trabajo.

Tres de esos faros que deben erigirse en los cabos de Roseta, Burlos y Damietta, serán de hierro, y se han encargado á la Compañía de altos hornos del Mediterráneo; el cuarto faro, erigido en Puerto-Said, ha sido encargado á la Compañía Coignet.

La construccion de los cuatro faros se halla en buen estado de ejecucion, y todo permite esperar que podrán ya alumbrar la inauguracion del canal marítimo.

Hemos impreso la Memoria anual del doctor Aubert-Roche sobre el estado sanitario y medical de los operarios y establecimientos del istmo.

Contiene, como siempre, hechos interesantes.

Consigna que los habitantes del istmo, que eran en 1859 ciento cincuenta, 25 europeos y 125 indígenas, eran el año último 34,258, de los cuales 16,010 eran europeos y 18,248 indígenas, y ascienden ahora á 42,400 habitantes, 22,813 europeos y 19,587 indígenas.

Es curioso ver que la poblacion europea aumenta á proporcion que el trabajo disminuye.

La mortalidad, exceptuado el año del cólera, se ha conservado al 1 por 100, mientras en Francia es de 2,40 por 100.

En la Memoria del año último dijimos á propósito del servicio de explotacion:

«Al organizar un servicio especial para el primer tránsito de un mar á otro, nuestro objeto era el de preparar al comercio para el uso de la nueva via marítima, al propio tiempo que organizábamos nuestro movimiento de transportes en las mejores condiciones de economía para surtir de provisiones á nuestras brigadas. Estos dos resultados se han obtenido, y lo que era un gravámen, se ha convertido en un elemento de productos.»

Los resultados del ejercicio de 1868 han confirmado los de 1867.

El número de toneladas transportadas en 1868 ha sido el de 92,742. Este movimiento habia sido en 1867 de 31,281 toneladas; ha habido pues un aumento de 61,361 toneladas.

El número de viajeros transportados ha sido de 38,227.

El aumento de 196 por 100 en nuestro tránsito de mercancías merece llamar vuestra atencion, pues no representa solamente un acrecentamiento de tráfico favorable á nuestra explotacion provisional, sino sobre todo un movimiento comercial que inaugura el gran movimiento marítimo por el canal.

Desde que se ha organizado nuestro tránsito provisional, hemos transportado los carbonos de Puerto-Said á Suez con tales condiciones que en 1867 nuestras barcas transportaron de mar á mar 12,000 toneladas de dicho combustible, y el precio de los carbonos en Suez inmediatamente bajó un 25 por 100. En 1868 hemos transportado mas de 26,000 toneladas de hulla, mas del doble que en el año anterior.

En enero último algunos comerciantes han ido á estudiar el interés que tendrían las mercancías del interior de Egipto en ir á Europa por Puerto-Said. Este movimiento no ha tardado en darse á conocer, en acentuarse, y mas de 7,000 toneladas de algodón, para no citar sino este producto, se han embarcado en Puerto-Said para Marsella y Liverpool. Sin nuestra organizacion fácil y económica de tránsito, este producto importante de Egipto no hubiera podido llegar este año á los mercados europeos.

Nuestros lanchones han transportado, de Suez á Puerto-Said, cafés de Djeddah, potasa y semillas oleaginosas de procedencia del mar Rojo.

Por último, en este momento transitan por nuestro canal expediciones de productos franceses con destino á Singapore, Hong Kong y la Reunion, con gran ventaja de nuestros exportadores que se encuentran libres de la lentitud y de las incertidumbres de los viajes por el Cabo de Buena Esperanza.

El año último deciamos:

«En la época de la peregrinacion á la Meca, los vapores de la costa del Asia Menor y de la Siria desembarcaron en Puerto-Said peregrinos que preferian abreviar su viaje, yendo directamente á Suez.»

Estos peregrinos, al regresar á su país, contaron sin duda las facilidades de la navegacion por el canal, pues este año, al volver de la peregrinacion, hemos transportado unos 4,000 de Suez á Puerto-Said.

Se ve que el movimiento comercial entre los dos mares se ha inaugurado perfectamente. El producto de los ingresos solamente en Puerto-Said proporciona sobre

este particular datos elocuentes. Durante los diez meses transcurridos, desde 1º de julio de 1867 hasta 15 de abril de 1868, este movimiento era de mil buques que representaban un total de 232,072 toneladas.

El movimiento del año anterior no habia sido sino de 880 buques, que medían juntos 146,107 toneladas.

En 1868-69 se ha acrecentado en grandes proporciones. Desde 15 de abril de 1868 á 30 de junio de 1869, el movimiento ha sido de 1,362 buques, midiendo juntos 637,441 toneladas.

Así por término medio la entrada diaria en Puerto-Said ha sido:

En 1866	de . . .	406 toneladas.	
1867	de . . .	725	»
1868-69	de . . .	1,445	» 4/10

Es importante consignar que en Puerto-Said, como en los puertos principales, la navegacion de vapor se apodera cada vez mas del movimiento marítimo.

Las 637,441 toneladas entradas en Puerto-Said en 1868-69 se dividen de este modo:

Buques de vela . . .	334,716 toneladas.
Idem de vapor . . .	302,725
Total . . .	637,441 toneladas.

Ya veis, señores, que nuestro programa se ha realizado; la Compañía se ha repuesto de sus propios gastos de transporte, y el tránsito provisional entre los dos mares ha preparado el comercio para el uso de la nueva via.

Puerto-Said ha recibido con regularidad en sus fondeaderos los vapores de las Mensagerías imperiales, de la Compañía marselesa Fraissinet, de la Compañía rusa de navegacion y comercio, de Lloyd austriaco y de la Compañía egipcia Azizié. Los vapores-transportes de la marina imperial y un vapor de la Compañía inglesa peninsular y oriental han echado tambien anclas en Puerto-Said.

Entre esas ventajas conviene señalar, en vispera de la apertura del canal á la navegacion de gran porte, la experiencia práctica de las operaciones comerciales y marítimas que ha adquirido nuestro personal destinado al tráfico del tránsito, y tambien la organizacion de nuestro material de remolcadores, dispuesto á hacer transitar los buques de un mar á otro en las mejores condiciones.

F. DE L.

Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

LA PEREGRINA ERMITAÑA,

NOVELA CUARTA ESCRITA SIN LA LETRA O.

(Continuacion.)

Del mercader árabe Gay de Hamete fui presentada á Jarifa, á quien él ama sumamente y desea que ella quiera ser su mujer, mas ella le desestima y desprecia, y aun muchas veces hace de él burla; él sufre, calla y sin hacer que la entienda, asiste amante á servirle, y lleva adelante su tema tan hincadamente que muchas veces me busca y habla aparte en esta materia, infinitas me ruega le dé entrada en mi cámara y que le encubra en ella tácitamente y me dará grandes riquezas y haberes: y muchas me hace instancia que le dé ardid y traza para que él pueda hurtarla y llevarla á su tierra y jura, que á mi tambien me casará y dará libertad deseada; mas si á esta traza, Andrés sepudiese dar de manera que en ella se trazase nuestra libertad, ¡qué gran bien que seria encargarte de ella! trázala y piensa en ella esta semana, y dirásmela despues cualquier dia quizá al ejecutarla será fácil, pues sabes que Jarifa ama tu presencia y se agrada de tu gentileza gallarda; mas aparta, apartate aprisa, que ella sale. Fuime de allí al instante, mas tan triste de pena y lástima de las referidas desgracias de la esclava, que para aliviar mi tristeza, me valí de una guitarra y canté de esta suerte:

Mira esclava, que tu pena
Mas pena al alma le da,
Que si en ella Laura está,
Mas aprietas la cadena,
Mas si el agua en suelta arena,
Mas la suele endurecer,
Y ejemplar ella ha de ser,
Que aunque muchas penas vea,
Si el alma mas se desea,
Mas se habrá de enternecer,

Si pareciere impasible,
De piedra pareceré,
Mas tambien le imitaré
En sufrible é insufrible:
Su natural insensible
Se esfuerza el alma á imitar,
Que para haber de lidiar
Perpétuamente entre penas,
Piedra he de ser y aun apenas
A la muerte he de escapar.

De suerte me divertia, que casi se me pasaba de la idea el haber de trazar mi deseada libertad y la suya: ¿mas qué maravilla? Y tal era mi rabia que ya en mi fantasia imaginaba y aun visiblemente me parecia que en Sevilla me hallaba, y que Martin de Céspedes ante mí tenia y que áspidamente de esta suerte me le reñia y hablaba. Cruel amante, vil, desleal, aleve, mudable di: ¿qué causa tuviste para que á una frágil mujer que de tí sencillamente se fiaba y que de tus eficaces juras y firmada cédula se aseguraba bárbaramente excluyeses y engañases? Mira, variable, cuán justamente la majestad divina permite que penes; y lastres y en tu misma casa veas y experimentes pena tal, equivalente á la culpa: infame fuiste, negaste la palabra y dejaste burlada en Nueva-España á tu mujer misma: su casa infamada y su castidad ultrajada diminuida. Pues mira en tu misma hija Laura la misma desgracia: mira si pagas bien la pena: mírala ausente de tu casa, su castidad infamada, pues publicarás la fama que á un galán rendida y entregada sin saberse quién es, se fué de su querida patria: mira, si para mas lastimarte, se lleva de tu hacienda misma gran parte en gruesas perlas, finas piedras, y riquísimas preseas. Despreciábaste de que te llamasen de Lucas padre; encubriástele á él y á tu hija en la cautela y astucia que tuviste, en que él se criase en casa de tu hermana, y que ella se llamase de él madre, y tú y tu hija á él pariente, á fin de que tu maldad se enterrase; pues mira, si á ese pariente, tu misma hija, hermana suya se rinde y entrega, y si fué la primera causa para que se descubriese tu infamia; y qué tal, qué tal sería si se efectuara segun él y ella deseaban la traza que tenían asentada, de que él fuese el que á la una la sacase de tu casa y entrase en la de tu dama á burlarla sin ver ni advertir, que el vivir enfrente era causa de que la manchada virginidad mas cundiese, y de que mas pública fuese su misma afrenta; y sin reparar que á ley de buena amistad antes debias venerarla, servirla y respetarla; pues mira si falta quien de la misma suerte de tu calle misma, en tu vecindad y enfrente de tu casa, se burlen de tu hija, y sin saber á quien se lleva; fuiste causa de que la dama que burlaste se perdiese en el mar y de que viva cautiva; pues mira tu hija Laura despues de cautiva, muerta en ese mar insaciable sin que tu infinita hacienda pueda darle la vida ni rescatarla.

Entre estas fantásticas quimeras, que entre mi discursaba, se me pasaba la semana: la esclava me persuadía y animaba á que en nuestra libertad pensase; mas á mí me parecia mas difícil en la empresa que querer intentar salir de Argel, era pretender escapar de entre Scila y Caribdis; y así la dije un dia en cierta sala oscura y retirada que el ardid y traza que elegia eran sufrir, callar y penar hasta la muerte; pues las demás serian precipitarse y querer mas aprisa perder la vida, y añadí mas estas palabras. Si alguna traza pudiera darse buena, me parece que fuera esta. Fingirme de Jarifa leal y firme amante, y si ella dijese y afirmase que me amaba; decirle que si quisiese admitirme y ser mujer mia, la llevaria á España, y allá la recibiria; y que mi padre tiene gruesa hacienda y riquezas bastantes para regalarla y servirla, que me permita hurtar para este fin á su padre una de sus tartanas; y que ella trace, asiente, y me avise el dia en que quiere que á ella y á tí de Argel saque, y embaucarla embaucarla que fácil será, pues es muchacha; que para que mas fácilmente se efectúe, tendré apercebida alguna de la gente de mi patria que aquí asiste cautiva; y que será fácil pasar á alguna de las islas de España. Mas esta traza Maria, aunque te parece excelente, es para mí muy difícil y aun invencible; y la causa es esta. Has de saber que el verme en Argel en esta esclavitud miserable, resulta de una gallarda mujer que en Sevilla hurtó astutamente de casa de su padre de que algun dia te daré larga cuenta y referiré extrañas maravillas, y fuí juntamente causa de que ella miserablemente muriese en este mar en una tempestad terrible; pues al deshacerse la misma nave, hice para hallarla mil diligencias y nunca verla pude, mucha gente sí muerta y á mí fluctuar entre las crueles aguas. Y en ellas, aunque á las primeras ansias del perder esta preciada y peregrina mujer, esta mira del alma, deseé la muerte; despues empené mi fe, dí mi palabra y juré á la majestad eterna y divina, que si me daba vida jamás engañaria mujer ninguna ni sacaria hija de en casa de su padre; y así Maria, nuestra muerte habrá de ser en Argel, y esta será de asegurar nuestras vidas la mas segura traza.

Callé, mas ella, que en la sutileza femenil de su idea y en la de la lealtad de amante de Jarifa se fiaba, de mí pusilanidad é indeliberada respuesta se reia: mujer en fin, aunque de las prudentes, el primer parecer raras veces yerra; pedíame que la suya escuchase, y fué esta: Andrés, el que nunca quiere aventurarse, ni pierde ni gana; verdad es que grandes empresas, quieren gran prudencia: mas tambien debes advertir, que

la tuya indeliberada es la que destruye y aniquila nuestra ventura: advierte pues mi traza y deja la tuya; mas si la desprecias, despues de tí tendrás la queja, que la dicha para el que la deja y despues la busca, suele ser calva, y es justa pena que la pierda el que antes pudiera asirla de la melena y pusilánime la desprecia. Si dudas de que Jarifa te ama es necedad grande, pues mis palabras te califican su firmeza: y las suyas y su mirar agradable te aseguran que desea ser tuya: si dudas en si la amara de veras su árabe amante y de si serán verdaderas sus palabras, es dudar de las mias, y entenderé que me imaginas turca, pues entiendes que pretenderé engañarte. Andrés, ámate y de mí te fia, y ventila allá en tu idea este ardid, esta traza, y advierte y ten cuenta.

Bien sabes que Jarifa sale cada juéves antes del alba á buscar yerbas al jardin para la cura de su padre, y que sumamente gusta de que la asista y ayude; pues sabe tambien, que este árabe mercader que la galantea tiene una saética y tartana en que le suelen traer de Tetuan, su patria mercaderías y hacienda á Argel, y de Argel llevarlas á Tetuan, en que suele ganar segun dice, mucha cantidad de cequíes; él ha de venir mañana en la tarde segun suele, á ver á Jarifa; á mí me suele hablar y regalar antes que á ella hable, para que sea su tercera; y le pida le admita y muestre afabilidad y buena gracia; y me dirá sin duda, cual muchas veces, si estudié el ardid y traza de hurtarla. Diréle que sí, y que se la diré, si me cumple la palabra de darme libertad y bajel en que pueda irme á mi patria. Que me le dará es infalible y que hará de cumplir las juras que suele, y celebrará extrañamente en gran dicha y ventura. Diréle tenga en la marina aparejada su tartana y saética, enfrente de la puerta del jardin que sale á la muralla, y que prepare su gente y la tenga bien advertida, pues á las tres sin falta juéves tendrá prevenida á Jarifa, que en achaque de salir al jardin á buscar las medicinales yerbas, abrirá la puerta y saldrá tras ella, amparadas entrambas de un mi pariente que la sirve, y se llama Andrés, que es la que la enseña á danzar, á quien tambien se ha de dar libertad, pues es el que ha de madrugar y guiar esta danza hasta la marina: y juntamente al árabe encargará que él se encubre en la saética, y que á su gente advierta que en ella han de embarcar á Jarifa y pasarla á Tetuan, y en la tartana á mí y á mi pariente que en ella me ha de pasar á la isla de Cerdeña. Jarifa me certifica muchas veces y que extrañamente le agradas, y que á gran ventura tuviera ser prenda tuya y tu querida mujer, y que sumamente se alegrara si algun dia te dispusieras á sacarla de Argel en alguna tartana de las de su padre y la llevarás á España, así que ella es la que ruega y de su parte la dificultad aun está mas llana; y para que mas se alegre le diré que sé infaliblemente de parte cierta, que tú en tu tierra eres duque de muchas villas y rentas grandes, descendiente de príncipes y reyes; y que aun que te encubres á fin de facilitar tu rescate, me dices mil veces que la quieres y estimas mas que á tí; y que si ella quiere y gustare, tú resuelves á sacarla el juéves; y que ya á este fin tienes de la gente esclava de tu tierra que aquí asiste alguna prevenida para que á las tres de la mañana, aquel dia que les avisares, tengan apercebidas en la ribera una saética y una tartana de las que de su padre allí están surtas; y que en achaque de ir á buscar yerbas, de mí y de tí guiada, muy fácil será el salir y entrar en la saética y tartana, y muy mas fácil tú y tu gente dar á la vela y desembarcar en Cerdeña y pasar de allí á España para que allá se bautice y sea tu muy amada y estimada mujer y juntamente duquesa riquísima de muchas tierras, servida y regalada querida y estimada; y engañada de esta suerte, ella pensará que la llevas á España en la saética y la llevará su árabe amante á Tetuan, y tú me entrarás en la tartana y la guiarás á la isla de Cerdeña, que de allí fácil será pasar á España; pues la hurtaré algunas preseas y cequíes que facilitarán en el pasaje. ¿Qué te parece Andrés, es buena traza esta? Buena y rebuena (dije) si se acierta; que del decir al hacer hay gran distancia. Mas dime, ¿salir á las tres á buscar yerbas puede ser sin luz? ¿puede ser sin sentirse? Bien puede ser, fué su respuesta, que piés suele haber de lana, y en el jardin hácia las paredes de la muralla se crian de las yerbas muchas, á la traza que en algunas campañas las vulgares y crecidas malvas; mas para nuestra deseada fuga prevenite de astucia y de linterna que buena será, hasta que amanezca, y servirá al salir de casa, de hacer desde las ventanas las señas á la saética y tartana: mas advierte, que sea de unas que hay hechas á la malicia y encubiertas. ¿Hay mas dudas? Ninguna, dije; pues animarse, repeli, disimular y estar alerta, que el juéves que viene á las tres de la mañana ha de ser sin falta, mediante la majestad divina, nuestra partida.

Díle las gracias, y alabé su traza; mas la verdadera, que siempre que en ella reparaba me parecia imperfecta y llena de grandísimas dificultades. ¿Mas quién creyera, quién pensara, que á nuestra tan retirada y encubierta plática, sin que de nadie fuese vista, asistia Jarifa, y que en su misma cámara, unida á la cerradura de una desusada puerta, que á nuestra sala antiguamente servia de pasaje, aplicada astutamente á la abertura de una llave, acechaba amante y escuchaba diligente hasta las mas minimas de nuestras recatadas palabras? ¿Quién presumiera, quién imaginara que la misma Jarifa, que pudiera ser la causa de nuestra fatal ruina y última desgracia, y finalmente parte para que su venerable padre atrasase nuestras vidas, pues estaba tan descubierta de nuestra fuga la traza; ella misma fuese la principal causa de nuestra libertad y alegría y mas

ahina se dispusiese y efectuase nuestra salida de Argel tan deseada?

Al instante pues que á la esclava acabé de dar las gracias de su tan estudiada traza, ví que Jarifa abria la puerta y que de rabia llena decia semejantes palabras: Esciava aleve y falsa, cruel, tirana, desleal, ingrata, di, ¿qué males te hice, que males (así repetia) en qué te agravié, infame, que así pretendes venderme, que así tratas de engañarme y que así tan falsamente deseas entregarme? Y tú, vil maestre, que la admites y sus infames trazas le agradeces? Dime, aleve amante, que así me desprecias y te engries: ¿úsase allá en tu patria vengar así? Burlar así á las mujeres y escarnecer de sus amas? ¿Aprendiste allá en la escuela del danzar, algun dia entre tus mudanzas, alguna semejante? ¡Ah infame! ¡y qué fácil me fuera si quisiera vengarme! mas á mí misma he de vencerme, para que veais que hay en Argel fe y lealtad en mujeres, si en España infamias y deslealtades en amantes. De vuestra traza misma, para mas dicha mia he de valerme; y en ella, en lugar de la pena que mereciades de vuestra deseada libertad y mi ventura han de asegurarse. Al alcaide Hamete, el mercader árabe de Tetuan que me sirve, que este sí me muestra la experiencia, que es para mí leal y firme en amarme, cual tu vil amante maestre aleve, en engañarme y enternecerme; á este, pues, escribiré esta tarde un billete; y tú, infame esclava, has de llevárselo, y en él le diré que mi padre intenta casarme, mas que he de ser suya hasta la muerte; que venga mañana á las seis de la tarde á verme, vendrá sin falta y le diré que para el juéves de la semana que viene, á las tres de la mañana estén apercebidas en la ribera en la puerta del jardin su saética y tartana, y alguna de su gente, y le diré que en achaque de las yerbas saldré; mas que en la saética me ha de pasar á Tetuan, y que tú y esa vil esclava habeis de pasar en su tartana á la isla de Cerdeña. De la misma manera que la gallarda Jarifa referia su traza, se la ví afectar para mas ventura nuestra; pues el juéves siguiente la ví embarcar á las tres de la mañana en la saética; y el alcaide de Hamete, su leal amante la recibia alegre y que felizmente, sin que se sintiese centinela ni guarda daba al apacible aire las velas y se encaminaba á Tetuan, su estimada patria; ví al instante entregármese, sin dudas ni dificultades, la tartana para mí y la esclava Maria y para el viaje diversas vituallas, pan de mareantes, fruta seca, agua, y algunas preseas, bastantes hasta llegar á España: largueza bizarra de la bella Jarifa.

Di á la vela, y fué tan feliz viaje, que sin que ningun árabe ni pirata impidiese, llegué en breves dias á la deseada playa de la rica ciudad de Caller, cabeza de la gran isla de Cerdeña. En esta ciudad fué nuestra asistencia una semana. Vendida, pues, y reducida á metales nuestra tartana, fué la partida en una rica nave que navegaba á Valencia, y yo canté de esta manera:

Ya alegre mi ventura,

Risueña cara y festival semblante
Muestra á mi pena, á mi fatiga grave:
Ya de la mar la escarcha y planta pura,
La rica espuma altiva y rutilanfe,
Se humilla á que feliz vuele la nave,
Ya de la mar es ave,
Ya dellas es ultraje, envidia, afrenta,
Y ya sin hacer cuenta
De astucias de piratas,
Descubre de Valencia las fragatas:
Mas ¡ay, ventura triste!
Si en Laura la ventura me impediste,
Si en ella me quitaste,
La vida al alma, y vida me dejaste,
¿Qué puede haber de dicha,
Que dejar de ser pueda mas desdicha?
¡Ay, Laura, Laura, mia!
Que sin tí, la ventura es tiranía.

(Se continuará.)

El nuevo postigo del Emperador

EN EL LOUVRE.

El nuevo postigo (guichet) del Emperador en el Louvre, representa una de las partes del Louvre y de Tulleñas que han sido reedificadas despues del segundo imperio.

Esta entrada del palacio imperial es á la vez sencilla y grande. El único ornato que la caracteriza consiste en dos zócalos de ante-cuerpo, sobre los cuales reposan como los simbolos del poderío, dos hermosos leones de bronce, obra de Barye.

Este postigo ha tenido siempre el privilegio de llamar la atencion de los transeuntes, y esto consiste en que las entradas y salidas del soberano son siempre para franceses y extranjeros, uno de esos incidentes de la vida de París que atraen á los curiosos.

En cuanto aparece el carruaje imperial en las Tulleñas, se puede estar seguro de que se forman grupos numerosos al frente del postigo del Emperador. Los soldados presentan las armas, redoblan los tambores, pasa el cortejo imperial y la muchedumbre ávida siempre de espectáculo, se dispersa para reunirse despues cuando entre el soberano.

R DE M.



El nuevo Paris. — El postigo del Emperador, en la fachada del Louvre por el lado del Sena.

Carrera de velocíferos

CON OBSTÁCULOS.

En otro artículo que publicamos no hace mucho tiempo acerca del velocífero, dijimos que la nueva invención lejos de pasar como los caprichos efímeros de la vida parisienne, estaba llamada á sostener un incremento extraordinario, porque ella daba al hombre que anda á pié, el motor que necesita para ponerse á la altura de todos los progresos realizados por la locomoción contemporánea.

Los hechos justifican superabundantemente esta apreciación, pues no solo el velocífero se difunde como un aparato indispensable para todos los peatones, sino que en el día las carreras de velocíferos rivalizan con las de los hipódromos. Como puede verse en nuestro dibujo, hemos llegado ya á las carreras de velocíferos con obstáculos.

Los aparatos que se hallan mas en boga son los que fabrica la Compañía parisienne: su establecimiento, cuyas operaciones van en aumento cada día, es el que representa mejor esta industria en la capital de la Francia.

Ahora acaba de construir un sistema de velocífero suspendido, que hace ya grandes servicios á los velociferistas suprimiendo la trepidación tan desagradable que se siente en los riñones y en las manos. Este sistema parece llamado á reemplazar á todos los que se han usado hasta el día.

H. V.

El del capuz colorado.

(Continuacion.)

El silencio mas profundo reinaba en el público; todos aquellos millares de espectadores parecían aletargados, reunidos solo sus sentidos en la vista y deteniéndose la respiración como un solo hombre. Los golpes de los combatientes resonaban en el silencio y hallaban eco como en la soledad. Doña Beatriz de Guzman estaba pálida como un sudario.

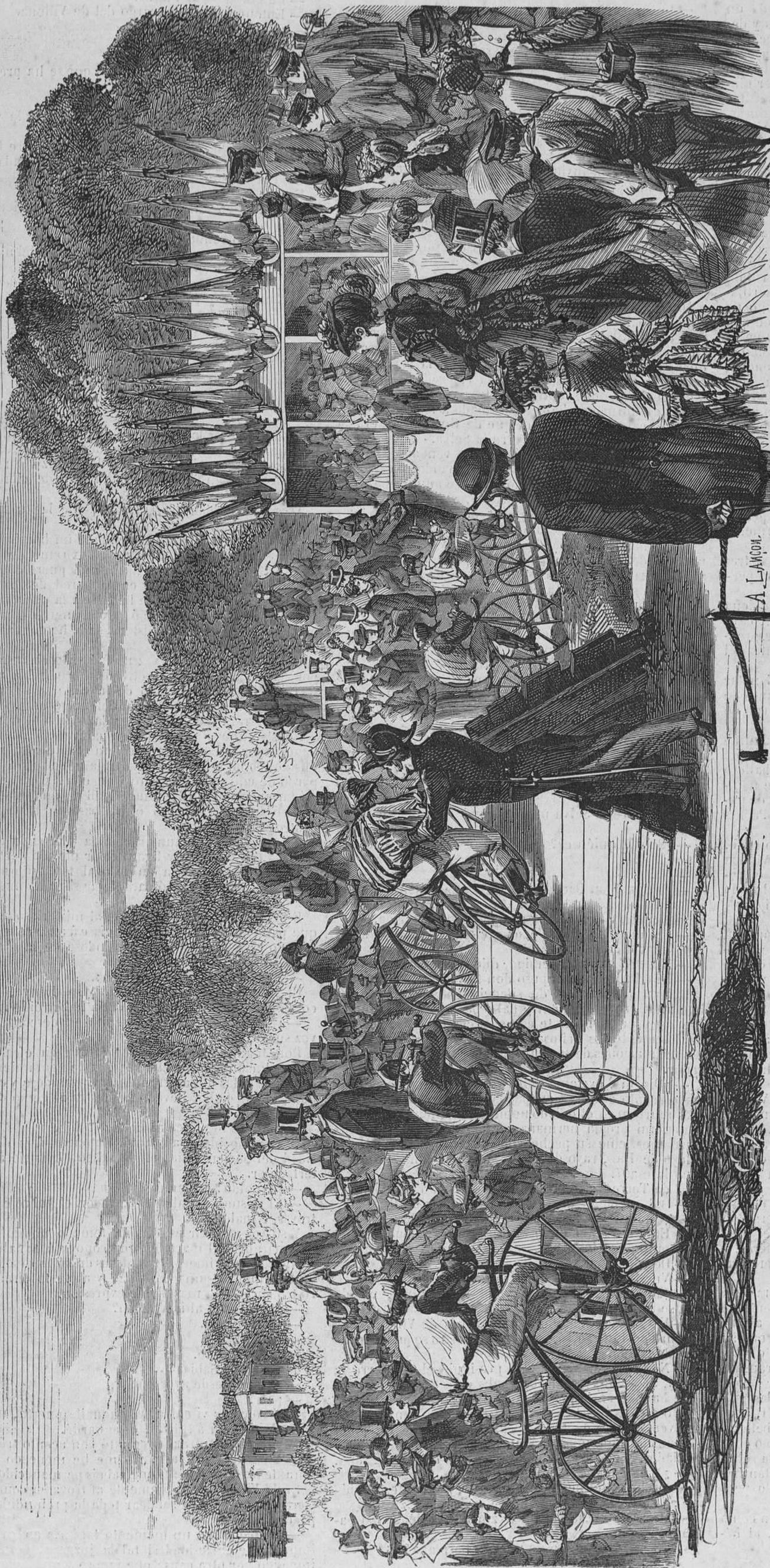
Con su escudo detuvo el desconocido el primer hachazo que le descargó Mice Roberto, y empezó entonces á atacarle con tal furia, á estrecharle tan de cerca y tan vivamente, que por todas partes veía el mantenedor, rápida como una centella, la punta del acero contrario. Era una velocidad asombrosa y un manejo de espada admirable, era una no interrumpida continuación de fintas, de tercias, de semicírculos, de flanconadas, y todo para fatigarle, para apurarle, para rendirle, permitiéndole solo hacer uso del hacha para defensa y quite. Sin embargo, esto no podía durar, y bien se conocía que como no se fatigara muy pronto el brazo que la manejaba, debía el hacha acabar con la espada por muy templada que fuera.

Así sucedió.

Llegaron una vez á encontrarse en el aire las dos armas, y la espada del incógnito se rompió en dos pedazos. A su vez se halló el campeón de Castilla desarmado, y Mice Roberto, olvidándose en el calor del combate de usar la misma galantería que con él en igual caso se había usado, aprovechó el momento en que el del capuz colorado descolgaba del arzon su hacha de armas, para acertarle tan furioso golpe, que ni toda la corpulencia de un gigante hubiera podido resistir, á no tropezar á su paso con el salvador escudo. Este que había resistido al primer hachazo, cedió al segundo, y se abrió por medio privando al campeón de esta defensa.

Pero ya entonces el incógnito empuñaba su terrible hacha de armas y se disponía á dar golpe por golpe. Arrojó lejos de sí los dos pedazos de un escudo que le era inútil, y atacó

Levallois (cercanías de Paris). — Carrera de velocíferos con obstáculos.



de nuevo y con nuevo vigor á su contrario, haciéndole atender muy particularmente á su defensa.

Entonces fué cuando el combate tomó del todo un aspecto terrible. Descargábanse entrambos recios y donados golpes que hacían estremecer á los espectadores. El escudo de Mice Roberto se quebró bien pronto en dos pedazos, quedando por ello igual á su adversario: los petos y espaldas acabaron por no ofrecer ninguna resistencia, pues á tan tremendos hachazos saltaban ensangrentados los pedazos de las ricas armaduras. El público seguía la lucha con una atención excesiva, y doña Beatriz con una congoja mortal. Con sangre de sus venas hubiera querido hacer suspender aquel combate, pero demasiado conocía que era imposible. Imposible en efecto; no combatían aquellos dos hombres por ellos, sino por su gloria de cumplido caballero el uno, por su fama el otro de perfecto justador.

Por fin, aprovechando el incógnito un poco de ventaja, que le ofreció la ventaja de su contrario, descargó un furioso hachazo sobre su yelmo, que se partió en dos mitades bajo el filo terrible del arma. Los rubios cabellos del señor de Balse se desprendieron ensortijados, bajando á acariciar sus hombros. Sin embargo no sufrió lesión alguna. Hízole seña el desconocido de que se cubriera con otro yelmo, pero Mice Roberto se negó.

Entonces todos los espectadores pudieron ver como el incógnito se limitó á la defensa renunciando al ataque. Y en verdad que por hacerlo así dejó pasar varias ocasiones en que hubiera podido abrir de un hachazo la cabeza de su contrario, como lo había hecho poco antes con su yelmo. El mismo señor de Balse se sintió conmovido ante semejante prueba de caballerosidad.

Conocía el alemán que le iba faltando vigor á su brazo fatigado, así es que, reuniendo todas sus fuerzas, quiso concluir de una vez, y levantando en alto el hacha terrible, la dejó caer como un martillo sobre el yelmo del incógnito, que no estuvo pronto en parar el golpe. Su luciente casco voló hecho pedazos, como anteriormente el del señor de Balse.

Entonces tuvo lugar un movimiento general, y tres gritos uno tras otro resonaron, el primero de una persona sola, los otros dos de todo el público.

El primero se había escapado de los labios de doña Beatriz de Guzman que, pálida como un cadáver, cayó casi desvanecida en medio de sus damas al ver desprenderse el arma terrible del de Balse sobre la frente del incógnito.

El segundo fué lanzado por los espectadores al notar que con el golpe el hacha se deslizaba de las manos de Mice Roberto, quedando por consiguiente á merced de su contrario, si este escapaba ileso del hachazo.

El tercero, en fin, fué general, unánime, de admiración y de asombro. Es que, partiéndose el yelmo, había puesto de manifiesto el rostro del desconocido caballero del capuz colorado, y no era otro el que bajo este nombre había dado tan brillantes pruebas de valor y de pujanza, que el privado de Don Enrique, don Juan Pacheco, marqués de Villena.

El golpe descargado sobre su yelmo había sido rudo, terrible, capaz de anonadar á un gigante. El de Villena permaneció un rápido momento atontado, pero en seguida, levantando el hacha y blandiéndola sobre la desnuda cabeza de su desarmado contrario, le dijo:

— ¡Vuestra vida es mía!

— Me confieso vencido, contestó con cierta expresión de despecho el mantenedor. Y digo francamente, añado, que si alguna idea me consuela en parte de mi vencimiento, es la de ser mi vencedor el noble marqués de Villena.

Sintió el marqués en el alma el haber sido descubierta, pero ya no había remedio. El público entero respetaba entre bravos y palmadas su nombre, y se acercaban los jueces del campo para felicitarle y acompañarle hasta las gradas del sódio, donde la reina de la hermosura debía ceñir su pecho con la vencedora banda.

El señor de Balse se retiró á su tienda, y el de Villena se adelantó hacia el sódio de Beatriz de Guzman, que recobrada de su desmayo, le esperaba ya en pie, con el fuego del entusiasmo en sus ojos, con la púrpura de la emoción en su rostro, con la sonrisa del placer en sus labios, y con la banda por ella misma bordada en la mano.

En el interin, los heraldos desde los extremos del palenque proclamaban que el caballero vencedor era don Juan Pacheco, marqués de Villena, y aplaudía el pueblo con algazara, y aplaudían también los caballeros, y tremolaban las damas desde los andenes sus colores favoritos.

Solo en el medio de aquel entusiasmo general, un hombre frunció el ceño y se salió precipitadamente de la galería. Era don Fadrique de Guzman, que al ver que el del capuz colorado era el mismo Villena, su mortal enemigo, abandonó en seguida su puesto y se dirigió con paso rápido á la tienda donde descansaba herido don Nuño de Torre la Selva.

Mientras tanto, don Juan se adelantó, subió las gradas del sódio y dobló la rodilla en la última grada, á las plantas mismas de la reina del amor y de la belleza. Doña Beatriz, tan trémula entonces de júbilo como poco antes de zozobra, se inclinó para ceñirle la banda sobre la otra banda ganada también en la lid, y cuentan haber tenido entonces lugar entre los dos este corto pero expresivo diálogo, que nadie oyó sin embargo:

— ¡Oh! seis tan valiente como noble, tan galán como esforzado. Prez y honra al campeón de Castilla, al héroe vencedor.

— Todo por vos, Beatriz, todo por vos, murmuró en voz baja pero dulcemente enamorada el de Villena.

— Guardad la banda en memoria de este día.

— La llevaré siempre sobre mi corazon.

— ¡Valiente corazon!

— Vuestro es, que por vos late.

— Adios, mi valiente paladin.

— Hasta la noche, mi sin par señora.

Y el de Villena se levantó, cruzada al pecho la banda, al son de los himnos que entonaban las músicas militares, y al aplauso atronador que hacia estremecer el palenque.

Los heraldos recorrieron entonces la liza gritando:

— ¡Largueza, valientes caballeros! ¡Largueza, hermosas damas, largueza!

Y todos á esta invitación vaciaron sus escarcelas, y una lluvia de oro cayó de las gradas á la arena.

V.

EL PACTO.

Mientras tenían lugar los últimos acontecimientos de aquella memorable jornada, un caballero, sin hacer caso de las advertencias que le hacían dos escuderos diciéndole que respetara el descanso de su señor, rasgaba mejor que descorria con mano trémula la cortina que pendía á la puerta de una tienda colocada á poca distancia del palenque, entre las otras varias que por los jueces del torneo se habían destinado á los campeones.

Era el caballero don Fadrique de Guzman, y era la tienda la de don Nuño de Torre la Selva.

Este que se hallaba con la cabeza vendada, tendido sobre una piel de oso, se incorporó al ruido, y clavó sus ojos en el que de tan extraño modo se anunciaba. Don Nuño estaba horriblemente pálido, y no tanto por la sangre derramada y la poca gravedad de la herida, como por la rabia y el coraje de la humillación.

Don Fadrique se adelantó hacia él, y demasiado conoció el de Torre la Selva que era portador el conde de alguna terrible noticia. Bastaba solo mirar su demudado rostro y sus ojos que parecían nadar en sangre.

— ¡Don Fadrique! exclamó el herido en un tono entre interrogador y admirado.

— ¿Sabeis lo que sucede? le preguntó en voz breve y acentuada el de Guzman.

— No sé de qué me quereis hablar.

— ¿Sabeis quién es el vencedor del torneo?

— No, murmuró débilmente don Nuño, á quien la sola palabra torneo le atravesaba el pecho como un dardo envenenado.

— Pues bien, es el caballero del capuz colorado.

Don Nuño se puso espantosamente lívido bajo su palidez.

— ¿Y sabeis quién es ese del capuz colorado? añadió don Fadrique.

El de Torre la Selva miró al conde con una ansiedad mortal.

— ¿Sabeis quién es? repitió don Fadrique, decidlo, ¿lo sabeis?

— No.

— Es don Juan Pacheco, marqués de Villena.

Don Nuño dió materialmente un salto, como el tigre que oye un grito humano resonar en su guarida.

— ¡El marqués de Villena! exclamó como si no acertara á dar crédito.

— Nuestro mortal enemigo, dijo don Fadrique.

— Mi odiado rival, repuso don Nuño.

Hubo un momento de silencio entre aquellos dos hombres, cuyos ojos, por igual ó parecido sentimiento, brotaban fuego. Durante este silencio, oyéronse resonar distintamente los gritos de largueza de los heraldos y las aclamaciones de la multitud que palmoteaba al vencedor.

— ¿Oís, oís? exclamó don Fadrique con un reconcentrado acento de ira, y crispados los puños. Todos los labios murmuraban el odiado nombre de Villena, y mi hermana, mi propia hermana, es decir, una hija de los Guzmanes, ciñe su pecho con el lauro de la victoria. ¡Rayo de Dios, rayo de Dios, que no sé cómo no salgo y no la mato!

El de Torre la Selva tomó una mano á don Fadrique.

— Oid, conde, y departamos con calma, le dijo.

— ¿Qué quereis? murmuró el conde bruscamente.

— Empiezo á ver claro en este asunto. ¿Quereis que os diga lo que pienso?

— Decid.

— Vuestra hermana...

— ¿Mi hermana? preguntó el de Guzman, viendo que se interrumpía.

— Vuestra hermana ama al marqués de Villena.

Don Fadrique se hizo atrás y su rostro se puso espantoso de cólera.

— No os irriteis, y oidme, prosiguió el de Torre la Selva. Se aman, sí, me lo prueba el escrito que os enseñé hallado en la puerta de mi casa, y me lo dice... me lo dice mi corazon. Ahora bien, nos vengaremos, nos vengaremos de todo. Se me ha ocurrido un plan.

Don Fadrique miraba á su interlocutor con ojos extraviados, y en los que solo se leían la cólera y la saña.

— ¿Y este plan? balbuceó.

— Os lo comunicaré á su tiempo, pero antes decidme: ¿Me prometéis la mano de doña Beatriz?

— Prometida está ya. Un Guzman solo tiene una palabra.

— ¿Seré pues esposo de vuestra hermana?

— Sereis su esposo.

— ¿Mas que ella se oponga?

— Mas que se oponga el infierno.

— ¿De grado ó por fuerza?

— De grado ó por fuerza.

— Entonces yo me encargo del de Villena.

— ¿Vos? ¿y cómo?

— Este es mi plan.

— Pero...

— El de Villena es un obstáculo que se ha presentado en nuestro camino.

— Sí.

— Pues bien, añadió don Nuño bajando la voz, los obstáculos se quitan de en medio.

Don Fadrique miró atentamente al de Torre la Selva y leyó en sus ojos y en su calma toda la helada ferocidad de la venganza. Esto le bastó.

Estrechóle la mano y le dijo:

— Madurad vuestro plan. Tomaos todo el tiempo necesario.

— Ya os lo confiaré á su tiempo.

— ¿Quedamos pues en que os encargais del marqués?

— ¿Y será mia vuestra hermana?

— Estamos convenidos. Que Dios os guarde, don Nuño.

— Con vos vaya, don Fadrique.

Y el de Guzman salió de la tienda.

VI.

EN LA CALLE.

Ya los lectores la conocen. Es esta misma calle donde sucedieron las cuchilladas y donde la sola presencia del entonces desconocido caballero del capuz colorado bastó para poner en fuga á los cuatro pendencieros de la posada.

Tres dias habían trascurrido desde las últimas escenas.

Era mas de media noche, cuando un hombre, recatándose el rostro, asomaba por el extremo de la calle y se dirigía en línea recta hacia una puertecita que se veía cerca de la esquina y en la pared del palacio de los Guzmanes. Llegóse este hombre á la puerta, abriéndola con una llave y desapareció, exactamente como en el primer capítulo de esta historia se lo hemos visto hacer al del capuz colorado.

Pero, si bien aquella vez no fué visto el desconocido por nadie, no así esta; otro hombre había asomado tras de él por el extremo de la calle, y siguiendo la misma direccion, había ido á detenerse ante la puerta que se cerrara luego de haber dado paso al primero.

Nuestro nuevo personaje se convenció de que era aquella por la cual desapareciera el que seguía. Por lo mismo, como si de esperarle tratara, se retiró hasta la pared de enfrente y se apoyó en ella, permaneciendo así largo tiempo en la inmovilidad de una estatua.

Pasó una hora, pasó otra, pasaron tres, pasaron cuatro.

Comenzaba á despuntar el alba y el cielo se vestía con ese tan hermoso y ligero color nevado del crepúsculo, cuando la puerta en la cual tenia fijos los ojos el desconocido, se abrió para dejar salir al mismo que por ella había entrado.

Este salió preocupado, sin ver al misterioso personaje que parecia acecharle, y disponíase á atravesar la calle, cuando el desconocido, destacándose de la pared, dió un paso y le dirigió la palabra.

— Marqués de Villena, le dijo:

El interpelado se estremeció y se detuvo, pero ni contestó ni volvió la cabeza. Creía haber oído mal.

— ¡Marqués de Villena! repitió el desconocido con voz suave.

Don Juan Pacheco, porque él era en efecto, tomó su resolución con aquella rapidez de pensamiento que distingue á las almas grandes, y volviéndose y cuadrándose, no sin haber llevado la diestra al pomo de su espada:

— ¿Qué se le ofrece al hidalgo? dijo.

El desconocido se adelantó. Entonces, á la débil claridad del naciente día, el de Villena conoció á su interlocutor.

— ¡Arnaldo! exclamó.

— El mismo, Arnaldo el trovador, el pobre cantor de trovas, Arnaldo.

Y su voz al decir esto había tomado un dulce tinte de amargura. El marqués, que conocía á Arnaldo como á uno de los primeros trovadores de su tiempo, soltó la espada que empuñado había, y al gesto airado de su rostro sucedió la mas afable expresión.

— ¿Qué haces ahí, Arnaldo?

— Os esperaba.

— ¡A mí!

— A vos mismo.

— ¡Cómo! ¿Sabias?...

— Os sigo desde ayer noche.

— ¡Tú!

— Y como os ví entrar por aquella puerta, me dije: por ella volverá á salir. Y os aguardé.

— ¿Me viste entrar? preguntó con acento trémulo.

— Y os he visto salir. No me he meneado de aquí durante las cuatro horas que habeis permanecido dentro.

El de Villena miró fijamente al trovador como si quisiera con su mirada sondear toda la profundidad de su pecho.

— ¡Arnaldo! ni un momento tardaría en castigar tu imprudente curiosidad si tal la juzgara, pero te creo impelido por otra causa que ignoro y que quiero conocer. Tu ademán triste y severo, tu mirada respetuosa,

u rostro demudado me indican que hay en tí algo superior á tí mismo que en este momento te hace obrar. Arnaldo no contestó.

— ¿Por qué me has seguido? ¿Por qué me has aguardado?

El trovador se volvió lentamente y señaló con una expresión dolorida la casa de que acababa de salir el de Villena.

— Esta es, dijo tristemente, la mansión de los Guzmanes.

— ¿Y bien? exclamó con ansiedad el de Villena.

— En ella vive la mujer á quien Segovia llama la bella de las bellas, y á quien los trovadores conocen en sus cantos por la perla de los Guzmanes.

— ¿Y bien?

— Es en efecto una mujer bella como la esperanza de la felicidad.

— ¡Acaba!

— Nada mas. Os seguí ayer como un miserable espía porque sospechaba que ibais á una cita de la perla de los Guzmanes, y os he esperado hoy porque quería veros salir de los brazos de la bella de las bellas.

— Trovador, díjole el de Villena con voz sorda y siniestra, ¿sabes lo que puede valerte el secreto que has descubierto?

— Dos pulgadas de una daga toledana en el corazón, contestó Arnaldo con una admirable sangre fría.

— Pues entonces, prosiguió el de Villena con acento todavía mas oscuro, disponte á ello. Te doy los momentos que necesitas para rezar al santo de tu devoción.

— Es inútil, contestó el trovador, momentos de sobra he tenido para rezar en el tiempo que os he estado aguardando. Me hallais ya dispuesto.

Acaso nunca, jamás, habia visto el de Villena tan heroico estoicismo. El trovador se habia cruzado de brazos y aguardaba con la serenidad de los mártires de otro tiempo cuando esperaban en la arena del circo que se adelantara la fiera á devorarles. Su frente resplandecía en medio de las nubes de tristeza que la atravesaban; su rostro melancólico aparecía tranquilo; ni un estremecimiento nervioso agitaba sus miembros, y una especie de helada sonrisa agonizaba en sus labios. El de Villena dirigió una mirada, una sola á aquella expresiva y sublime figura que se dibujaba ante él á los rayos matinales del crepúsculo. Esta mirada le bastó á él, corazón inteligente, alma experta, para hacer nacer en su interior un mundo de ideas. Su frente se inclinó soñadora, su rostro tomó á su vez un tinte de melancolía que no le era habitual, y adelantándose hácia el trovador, le cogió de una mano y le dijo:

— ¿Cuánto tiempo hace que la amas?

— Todo el que hace que la conozco, respondió Arnaldo, contestando con igual franqueza á una pregunta hecha tan francamente y que tan natural le pareció, no obstante ser tan imprevista.

— Y si yo te dijera: Arnaldo, ahoga esa pasión imprudente, porque ni Arnaldo debe amar á Beatriz, ni Beatriz puede amar á Arnaldo.

— Os contestaría: Decidle á la luz que deje de brillar, y de amar dejará entonces mi corazón.

— ¡Pobre insensato! Beatriz no puede ser tuya.

— Por esto no aspiro á ella, por esto sufro en silencio, por esto canto solo penas siempre y amarguras.

— ¿Qué esperanza abrigas pues?

— Yo no tengo esperanza. Mi porvenir es tan negro como mi pasado. La esperanza para mí tiene nombre de mujer.

— Si nada esperas, si nada pretendes, ¿por qué sigues amándola?

— Porque hay en el corazón de todo hombre un tesoro de sensaciones como hay un perfume misterioso en el seno de una flor, y es preciso que la flor lance su perfume cuando se abre su corola, como el hombre su tesoro cuando rasga su corazón.

— ¿Y por qué quieres morir?

— Porque yo amaba á esa mujer con toda la pureza y castidad con que deben en el cielo amar los ángeles á la Virgen María, porque ella era el tipo de santa y preclara inocencia que respondía á las necesidades de mi alma entusiasta, porque ella era la fe del corazón del pobre trovador, porque ella era, en fin, el nombre que invocaba en mis cantares de amores.

— ¿Y quieres decir que la flor ha perdido su perfume, que al ángel le han caído sus blancas alas?

— ¡Ay! sí: la paloma, herida por el dardo, ha caído moribunda en el lodo de un charco. Y no extrañéis oírme hablar así, el de Villena, que nosotros los de la gaya ciencia, los que suspiramos nuestros cantos bajo el cielo de Provenza y Cataluña, los que tañemos nuestro laud de amores cuando susurran melancólicas las auras cuyas caricias buscamos, porque sus caricias nos alimentan, nosotros somos no mas que romeros transeúntes en las estancias doradas de las bellas castellanías, y vivimos en otra atmósfera mas rica, donde todo es pureza como el aleteo de un ángel, donde todo es casto como el perfume de la flor de mayo. Hé ahí por qué si alguno de nosotros pierde la luz que le guía, tanto se valdría que le arrancaran el corazón á pedazos para dárselo á comer á fieras. Hé aquí por qué os seguí ayer, el de Villena, y hé aquí, en fin, por qué hoy me presento á vos y os digo: matadme con vuestra daga, que mas vale morir de muerte airada que morir de amores de deshonesto dama.

El de Villena le dejó decir sin interrumpirle. Cuando hubo concluido le habló de esta manera:

— Trovador favorito de doña Beatriz, oye el mayor secreto que puedo depositar yo en tu pecho y guárdale en él cerrado como en un arca santa; oye, Arnaldo,

el de corazón de oro, oye y cállalo. Y no extrañes á tu vez que te lo diga en voz baja, porque secreto es de tal importancia, que miedo tengo á que le oiga el aire.

Y dicho esto, don Juan Pacheco se acercó al trovador, y le dijo al oído, pero en voz baja, muy baja, dos ó tres palabras, alejándose en seguida de él como para que no sintiera remordimiento de habérselas dicho, como para no tener luego que matar á aquel hombre, en quien habia depositado un secreto de tal importancia.

Por lo que toca al trovador, quedó un momento inmóvil al oír aquellas palabras que quemaron su oído como si por él le hubiesen introducido un hierro ardiendo; vaciló despues como un hombre ébrio y, vencido por la emoción, cayó desplomado al suelo, escapándose su arpa de las manos, que fué á romperse contra la pared.

¡Pobre Arnaldo! ¡Pobre trovador á quien á un tiempo se le rasgó el corazón y se le rompió el arpa!

VII.

RETO.

Al llegar el de Villena á su casa, vió con sorpresa un cartel clavado en su puerta por medio de una daga.

Arrancó la daga y llamando á uno de sus servidores para que le alumbrara, leyó el cartel.

Decia así:

« Si entre don Nuño y doña Beatriz está el del capuz colorado, entre doña Beatriz y el marqués de Villena está el odio á muerte de don Nuño.

» Cuando de dos hombres sobra uno en el mundo, los buenos caballeros empuñan la espada y se batan mientras haya un resto de fuerza en el brazo y un hábito de vida en el corazón.

» Mañana á las oraciones, junto á las tapias de la ermita consagrada á Santa María del Parral, espero al marqués de Villena;

» DON NUÑO DE TORRE LA SELVA. »

— Por San Juan que no he de faltar, murmuró el de Villena, y ya verá el que ha mordido el pelo en el torneo cómo es mas pesado mi brazo que el de Rodolfo de Eretein.

VIII.

ROMPETEJAS.

— No seas pesado, maese Corneja, y dejadme concluir. ¿A qué venis aquí zumbándome como un grillo los oídos, cuando me veis gravemente ocupado en ganarles los ducados á esos camaradas? ¡Por san Jorge, que os apartéis de mi lado y me dejéis en paz, ú os rompo la cabeza con esta vasija en que nos habeis servido vuestro infernal vino!

Así le decia el irascible Rompetejas al posadero de la Cruz de hierro, la misma noche en que mas tarde debian tener lugar los acontecimientos que se han referido en los dos últimos capítulos.

No obstante la amable contestación del espadachin, maese Corneja insistió.

— Es que hay un caballero en la puerta que quiere hablaros.

— ¡Pues decidle que se espere ó envíadle á paseo con cien millones de diablos!

El posadero se encogió de hombros.

Rompetejas continuó jugando á los dados.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, cuando hubo apurado el vino de la vasija y el bolsillo de los jugadores, Rompetejas se levantó con la sonrisa en los labios y con el aire fanfarrón que nunca le abandonaba, y se acercó al mostrador.

— Vamos á ver, maese Corneja, decidme, ¿qué mil rayos me estáis murmurando á la oreja?

— Que habia en la puerta de la posada quien preguntaba por vos.

— ¿Y quién es?

— Un caballero, á juzgar por su traje.

— Voy allá.

— Puede que se haya ya marchado.

— ¡Marchado, marchado! Pues sería de ver. ¡Por san Jorge! Bien puede esperarse, cualquiera por caballero que sea, cuando un hombre está gravemente ocupado. En fin, voy allá.

Y Rompetejas se dirigió á la puerta, dando todo lo mas ruidosamente en el suelo con la contera de su espada y retorciéndose sus largos bigotes con un aire de importancia que tenia toda la majestad del ridículo.

El que por él habia preguntado no se habia ido.

— ¿Qué es lo que se os ofrece, hidalgo? preguntó Rompetejas al caballero, haciéndole un saludo marcial, pero sin dejar por eso de retorcerse el bigote con la diestra, mientras que tenia su mano izquierda desdenosa y estudiadamente apoyada en el puño de su espada.

El caballero se detuvo enfrente del espadachin. Llevaba en efecto un vestido completo y rico como los que usaban los nobles de aquella época, y su rostro estaba cubierto con la especie de máscara de uso tambien muy especial entre los caballeros, y particularmente entre las damas.

— ¿Sois vos el llamado capitán Rompetejas? preguntó el desconocido.

— El mismo que teneis delante.

— Me han hablado mucho de vuestro valor.

Rompetejas se pavoneó.

— Mi nombre vale algo en efecto.

— ¡Nombre bien raro!

— El nombre de guerra usado por todos mis ascendientes, desde el conde Enrique de Rompetejas, que figuró en las cruzadas, hasta el conde Juan de Rompetejas, mi noble padre. Figuraos que...

— Bueno, bueno, dejemos dormir en paz á vuestros antepasados y hablemos de otro asunto.

El matachín miró de reojo al que de aquel modo parecia despreciar su, segun él, ilustre prosapia. Sin embargo, no dijo nada y encogiéndose de hombros se contentó con exclamar:

— Hablemos.

— Me han dicho que se podia contar con vuestro brazo y con vuestra espada.

— Segun y conforme.

— ¿Eh?

— Digo que segun y conforme. Esto depende de lo que pactemos. ¿Qué es lo que deseais?

— Hay un hombre que me estorba.

— ¿Es un hombre, un caballero ó un conde? Esto es indispensable saberlo para fijar bases, ya conoceis.

— Es un caballero.

— ¡Vaya con Dios! Yo os respondo de él.

— Advertid que es valiente.

— Mas que sea el mismísimo Satanás en persona. Punto concluido.

— Otra cosa.

— Veamos la otra cosa.

— Hay una dama...

— ¿A quien es preciso quitar de en medio tambien? Pues entonces buscad otra espada. Yo ejerzo los principios mas sagrados de la caballería, y es uno de los primeros: Respeto á las damas.

— No me habeis dejado concluir.

— Explicaos pues.

— Hay una dama á quien es preciso acompañar para cuidar de que no se escape.

— Este ya es otro cantar. Custodiar una dama, ser su escudero. Bueno, me allano. ¿Qué mas?

— Nada mas.

— ¿Cuántos hombres necesitais?

— Tres, me parece.

— Pues entonces, por quitar de en medio al caballero, por la custodia de la dama y por los otros dos compañeros, me dareis trescientos ducados.

— En esta bolsa hay la mitad por el pronto, dijo el caballero tendiéndole un bolsón, del que se apoderó Rompetejas.

— Mañana á medio dia hallate en este mismo sitio donde conversamos ahora. Pasarán dos caballeros con una litera en que irá la dama y te reunirás á ella con tus dos hombres.

— Perfectamente.

— ¿Estamos convenidos?

— Casi, casi.

— ¿Qué mas quieres ahora?

— Deseo que os descubrais el rostro. Es condicion necesaria. Yo nunca estipulo nada con quien no conozco.

El caballero vaciló.

— Bien mirado, murmuró, tambien tienes que conocerme mañana. Lo mismo vale pues que me conozcas hoy. Soy don Nuño de Torre la Selva.

Y se quitó la máscara.

— Perfectamente. Así me gusta. Agrádame que los hombres se vean y hablen cara á cara. Vuestro servidor, don Nuño.

— Hasta mañana pues, dijo el caballero volviéndose á poner la máscara.

— Hasta mañana. ¿Me designareis el caballero?

— Te lo pondré delante.

— ¿Vuestra mano? dijo Rompetejas alargando francamente la suya.

— ¡Mi mano! exclamó don Nuño retirándola con desagrado.

— Es otra de las condiciones.

— ¿Cómo condiciones!

— Tengo hecho voto á Santa María del Parral, de no estipular ni tratar con ninguno que no me tienda su mano en signo de buena amistad y correspondencia.

El de Torre la Selva alargó su mano con una repugnancia visible. Rompetejas, sin hacer caso, se la estrechó cordialmente.

Queda cerrado nuestro trato. Trescientos ducados por la custodia de la dama y el duelo con el caballero.

— ¿Qué duelo?

— ¡Toma! el que me proponéis, dijo Rompetejas.

— Yo no os propongo ningun duelo.

— ¿Pues qué?

— Os digo solamente que hay un hombre que me estorba...

— Perfectamente.

— ¿Entonces?

— ¡Por las armas de mis abuelos! Sabed, señor don Nuño de Torre la Selva, que sé manejar mi espada como el mejor paladin.

— No lo dudo, pero sin embargo, yo no quiero un duelo, sino...

— ¡Un asesinato! ¡Por vida de! ¡Y por quién me tomáis á mí? Yo no asesino, me bato. Verdad es que al batirme me arreglo de modo que siempre soy el vencedor. Pero un asesinato... Mis antepasados, don Nuño,

eran condes, mis abuelos eran condes, mi padre fué conde, y...

— Dejémosos de charla y llamadlo como querais: duelo ó asesinato, todo me es igual, mientras me des- embaraceis de un impor- tuno...

— Esto dejadlo por mi cuenta.

— Pues hasta mañana.

— Hasta mañana.

Y don Nuño se alejó mientras que Rompetejas entraba en la posada refun- fuñando:

— ¡Por los cuernos de Satanás, que la cosa es digna de notarse! ¡Por quién tomará este hombre á Rom- petejas, el valiente de Se- govía! ¡Un asesinato!..... ¡Hum!

IX.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

La ermita de Santa María del Parral que alguna vez hemos oído citar á los per- sonajes de nuestra histo- ria, se elevaba al Norte de Segovia en una bella y en- cantadora posición. Era, mejor que ermita, un oratorio de antiquísima fábrica, con un edificio bajo unido á sus paredes y que servía de habitación á un anciano monge, allí retirado para disfrutar tranquilo de los consuelos de la oración y de las glorias de la peni- tencia.

Hallábase el venerable anciano sentado á la caída de una tarde á la puerta del santuario, cuando vió adelan- tarse hacia la ermita una litera cubierta, precedida por dos caballeros y seguida por tres hombres cuyo exterior truanesco no inspiraba ciertamente mucha confianza.

Levantóse el digno varón al ver llegar aquella inesperada comitiva y se adelantó á recibirla. Entonces, uno de los dos caballeros que iban delante, echó pié á tier- ra y preguntó respetuosamente al monge si podían des- cansar en la casita, interin le comunicaban el motivo de su llegada y lo que de él esperaban.

— Pobre y mal alhajada hallareis mi habitación, no- bles señores, contestó el monge, pero disponer podeis de la morada del humilde anacoreta.

Entonces don Nuño, pues que no era otro el caballe- ro, recorrió las cortinas de la litera y ayudado de Rom- petejas, que era uno de los tres que marchaban detrás, sacó á doña Beatriz, al parecer desmayada, y traspor- tóla al interior de la casita, donde la dejó reposar sen- tándola en un sitial de la estancia. En seguida volvió á salir, despidió á los portadores de la litera y mandó á Rompetejas y á sus dos camaradas que fueran á atar sus caballos á espaldas de una peña y esperaran sus ór- denes. Cuando todo esto se halló terminado, el de Torre la Selva se dirigió al caballero que había llegado en su compañía y que habiéndose apeado, se paseaba á grandes pasos por delante de la puerta del oratorio.

— Don Fadrique, le dijo ya que sabeis mi plan y lo habeis aprobado, reparad que todo está dispuesto y que ha llegado el momento de obrar.

— Es una cosa invencible el odio que le tengo á ese hombre y que he heredado de mis padres, dijo el de Guzman contestando á sus propios pensamientos mejor que á la observacion de don Nuño; conozco que lo que vamos á hacer no es digno de nobles y leales caballe- ros, pero lo admito porque satisface mi venganza, por- que sacia mi odio.

— ¿No es noble ni leal, decís? Pues qué, ¿ha obrado él con nobleza y con lealtad respecto á vos? Conociendo el odio hereditario de vuestras dos familias, sabiendo que nunca la mano de vuestra hermana podría llegar á ser suya, ha intentado, sin embargo, requerirla de amores, y para mejor encubrir sus planes, ha ocul- tado su nombre y su rango á todo el mundo. Todo con el objeto de llegar hasta ella sin los obstáculos que no hubieran dejado de atravesársele á ser conocido su nom- bre, todo con el objeto, no lo dudeis, de seducir á vues- tra hermana, y deshonorar vuestro nombre. Y esto, de- cid, ¿es leal y noble? ¿Por qué pues ser hidalgo con quien no sabe serlo? Don Fadrique, creedme, no- ble podeis ser con los nobles, pero ruin es fuerza que seáis con los ruines.

— Ciertamente es todo lo que decís, don Nuño, pero hubie- ra preferido clavar mi espada en su corazon traidor cara á cara, sol á sol, en la arena del palenque.

— Tiempo os queda aun para hacerlo, dijo don Nuño mordiéndose los labios. Renunciemos á nuestro plan y salid á su encuentro. Luchad con él, y si os vence, si queda entonces huérfana vuestra hermana á merced del vencedor, no será la culpa sino de vuestra impru- dencia.

— ¡Es verdad, es verdad! murmuró don Fadrique, en cuyo corazon se ahogó de pronto el generoso impul-



Las cercanías de Paris. — Plessis-Piquet.

so en él nacido. Sea como lo habeis meditado. Vuestro plan es el mejor, y así concluiremos de una vez.

Y se adelantó hacia el monge que continuaba de pié en el umbral del santuario, atónito y sorprendido con la misteriosa llegada á su ermita de aquella extraña comitiva.

— Padre, le dijo, yo soy el conde don Fadrique de Guzman, y esa dama que está en vuestra habitación y que se ha desmayado por el camino, es mi hermana. Aquí la he traído para efectuar su enlace con ese caballe- ro, que es el noble don Nuño de Torre la Selva. Un

yo ondo se alzaba un tosco altar de madera de encina.

Don Fadrique se acercó á la dama y dióla á respirar la esencia de un pomo que sacó de su escarcela.

Beatriz empezó á moverse, respiró con fuerza como si se desahogara de un peso que la tuviera oprimida hasta entonces, volvió los ojos en torno, y al verse en un lugar para ella desconocido, lanzó un grito y se puso en pié como movida por un resorte.

— ¿Qué es esto? murmuró, ¿dónde estoy? ¿quién me ha traído aquí?

— La voluntad de vuestro hermano, dijo don Fadri- que, adelantándose.

— ¡Ah!

— Volveos pues á sentar y escuchadme si os place, que ha de ser algo grave nuestra conversacion.

— Hermano, ¿qué tono es ese que conmigo usais? exclamó la sorprendida dama. ¿Cómo me encuentro aquí? ¿Qué es lo que por mí ha pasado? Recuerdo que estaba apoyada en la baranda de la galería, contem- plando mis vergeles y mis flores, cuando me he sentido desfallecer, y un sueño como el de la muerte ha ten- dido sobre mí su velo.

— Era un narcótico que habia puesto yo en vuestra copa.

— ¿Y por qué un narcótico?

— Porque os necesitaba dormida para hacerlos tras- portar aquí.

— ¡Hermano!

— Despierta no hubiérais venido jamás, so pena de veros ariastrada, y he querido evitar esta molestia y esta humillacion á mi hermana.

— ¿Pero qué lugar es este?

— ¡Oh! tranquilizaos. Es simplemente la ermita de Santa María del Parral.

— ¿Y qué tengo yo que hacer en esta ermita? ¿Por qué me habeis traído aquí?

(Se continuará.)

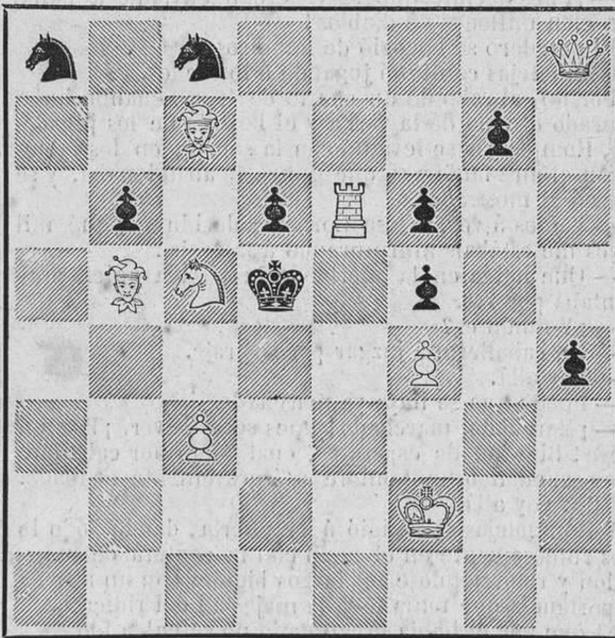
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 294.

- 1 Rª 8ª Rª R toma T
- 2 R 5ª CR jaque R 5ª R
- 3 P jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 295, POR M. VICTOR GORGIAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris.— Tipografía de A Marc, 22, rue de Verneuil.

voto á Santa María del Par- raral me obliga á no cele- brar en ningun otro san- tuario la boda de mi her- mana. Ya estais pues ente- rado, padre, y ya sabeis cuáles son ahora los servi- cios que se reclaman de vuestro santo ministerio.

El monge perdió toda sospecha desde que supo que era quien le hablaba un caballero tan ilustre como el de Guzman. Incl- nóse pues en señal de con- sentir en lo que se le pe- dia, y entró en el santua- rio para disponerlo todo.

— Ahora, añadió don Fadrique dirigiéndose al de Torre la Selva, que- daos aquí para disponer la emboscada, para libertar á Castilla del tirano que pre- tende ser con el tiempo otro don Alvaro de Luna, mientras yo voy á despear- tar del letargo á mi her- mana y á imponerla mi in- flexible mandato.

Y se encaminó al edifi- cio en el cual entró, pa- sando á la habitación don- de habia sido trasportada doña Beatriz. Estaba la bella de las bellas sumida en un profundo letargo, ocu- pando un carcomido si- tial, pobre adorno de una mas pobre estancia, en cu-

yo ondo se alzaba un tosco altar de madera de encina.

Don Fadrique se acercó á la dama y dióla á respirar la esencia de un pomo que sacó de su escarcela.

Beatriz empezó á moverse, respiró con fuerza como si se desahogara de un peso que la tuviera oprimida hasta entonces, volvió los ojos en torno, y al verse en un lugar para ella desconocido, lanzó un grito y se puso en pié como movida por un resorte.

— ¿Qué es esto? murmuró, ¿dónde estoy? ¿quién me ha traído aquí?

— La voluntad de vuestro hermano, dijo don Fadri- que, adelantándose.

— ¡Ah!

— Volveos pues á sentar y escuchadme si os place, que ha de ser algo grave nuestra conversacion.

— Hermano, ¿qué tono es ese que conmigo usais? exclamó la sorprendida dama. ¿Cómo me encuentro aquí? ¿Qué es lo que por mí ha pasado? Recuerdo que estaba apoyada en la baranda de la galería, contem- plando mis vergeles y mis flores, cuando me he sentido desfallecer, y un sueño como el de la muerte ha ten- dido sobre mí su velo.

— Era un narcótico que habia puesto yo en vuestra copa.

— ¿Y por qué un narcótico?

— Porque os necesitaba dormida para hacerlos tras- portar aquí.

— ¡Hermano!

— Despierta no hubiérais venido jamás, so pena de veros ariastrada, y he querido evitar esta molestia y esta humillacion á mi hermana.

— ¿Pero qué lugar es este?

— ¡Oh! tranquilizaos. Es simplemente la ermita de Santa María del Parral.

— ¿Y qué tengo yo que hacer en esta ermita? ¿Por qué me habeis traído aquí?

Las cercanías de Paris.

PLESSIS-PIQUET.

El Plessis-Piquet, es un bonito pais situado á corta distancia del bosque de Meudon, tan frecuentado todos los domingos por los parisienses. Allí acuden y caen como una avalancha y desde su llegada comienza una algazara que dura toda la tarde. Diganlo si no el *Ermitage*, y el estanque de *Villebon* y la *Ferme de Trivaux*. Sal- gamos ahora del bosque para echar una ojeada por el pintoresco contorno.

Esas lindas casas sembradas aquí y acullá por esa al- tura, esos jardines resplandecientes de flores, esos par- ques seculares: eso es el Plessis, donde las casas se ro- zan con los palacios. Entre las alhajas que forman el cerco de Paris, esta aldea es una perla. Por supuesto no es la famosa perla del papa Leon X, ni la que adornaba la corona de Rodolfo II; pero en fin, tiene su valor, que han sabido apreciar altos personajes. Por ejemplo, entre otros que podríamos citar, han habitado ahí, un gran ministro, Colbert, y una princesa de teatro, Mlle. Mars, que hasta el fin de su vida fué un prodigio de juventud, de talento y de encanto. C. P. D.